

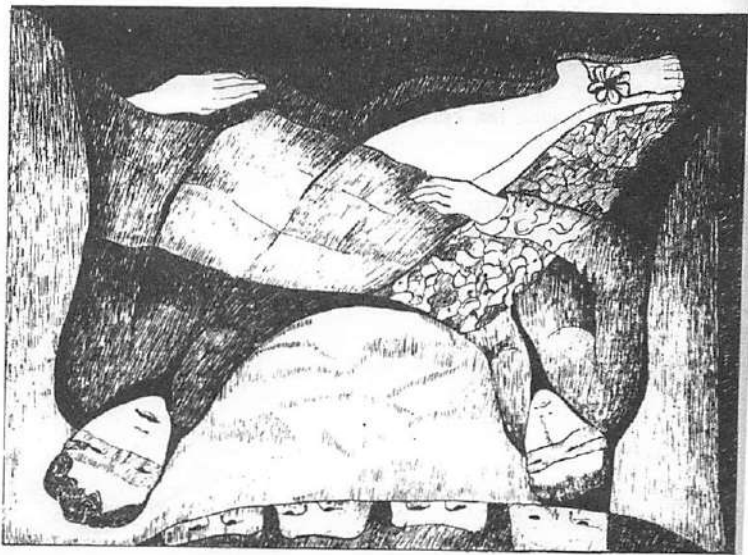
Alicia Partnoy

LA ESCUELITA
Relatos testimoniales



En memoria
de mi hermano Daniel,
para quien la vida llegó
a ser tan absurda
que resolvió ponerle fin.

58
König von Bayern



Introducción

En el verano de 1984, después de cuatro años y medio de exilio, volví a mi patria envuelta en el luto dejado por la pérdida de mis amigos desaparecidos o asesinados en manos de los militares, volví a llorar por aquellos miembros de mi familia muertos durante mi odisea de siete años de cárcel y ostracismo y a sufrir ante el espectáculo de un país arruinado por años de dictadura.

Casi treinta mil argentinos "desaparecieron" entre 1976 y 1979, los años más duros del régimen militar. Los golpes militares no son episodios extraños en la historia del país. De hecho, nací en 1955, el año del golpe que derrocó a Juan Domingo Perón. Una sucesión de regímenes militares se alternó entonces con breves períodos de gobiernos civiles. Recién al cumplir yo diecisiete años, se les permitió a los peronistas participar legalmente en la vida política de Argentina. El partido peronista ganó las elecciones ¿Cómo podría ser parte activa de este movimiento una adolescente que no había escuchado nunca de sus maestros ni de los censurados medios de comunicación nada positivo sobre el peronismo? Mi "conversión", como la de miles de jóvenes que no provenían de familias peronistas, fue un proceso gradual. Crecí amando a mi país y a su gente y odiando la injusticia. No me quedaron muchas dudas cuando supe que el peronismo le había otorgado poder a los trabajadores al organizarlos en sindicatos fuertes, había mejorado las condiciones de vida de la gente a través de salarios justos, jubilación, vacaciones pa-

gas y un buen sistema de salud. También se había garantizado a la mujer el derecho al voto. Así me enteré de la labor de Evita, quien fue la real artífice de muchos de estos logros. Aprendí que bajo las banderas de la independencia económica, la soberanía política y la justicia social había lugar para todas las ideologías. Sin embargo, como la mayoría de la entonces nueva generación, pensaba que el movimiento llevaba en sí las semillas de un cambio hacia el socialismo.

En la Universidad Nacional del Sur, de Bahía Blanca, mi ciudad natal, comencé a participar en política. Nuestro objetivo principal era transformar la concepción ortodoxa de la misma, en donde la realidad nacional nunca fue una temática a tener en cuenta, funcionando como una isla de académicos. Como estudiante, trabajé junto a otros para crear programas de estudios que se ajustaran a las necesidades del pueblo argentino. Se me eligió delegada de curso para el Centro de Estudiantes. Posteriormente, comencé a participar en la Juventud Universitaria Peronista. Una de mis mejores amigas, "la Vasca" Zulma Izurieta estudiaba Letras y trabajaba como alfabetizadora en una de las villas de emergencia de la ciudad. Otros, eran cristianos que militaban en el movimiento de la Teología de la Liberación.

Los nombres de la mayoría se encuentran en las listas de los desaparecidos de La Escuelita.

En 1974 murió Perón y su tercera esposa, la vicepresidenta "Isabel", quedó a cargo del país. A diferencia de Evita, Isabel no representaba los intereses de los trabajadores. Más aún, entregó el control del aparato represivo a los militares. La juventud del movimiento fue atacada por considerársela una amenaza a la seguridad del país. Los grupos paramilitares apo-

yados por la policía, secuestraban y asesinaban a los militantes políticos. Al mismo tiempo, los Montoneros, un movimiento guerrillero urbano comenzó a atacar a miembros de las Fuerzas Armadas y a altos empresarios que no cumplieran con las demandas de los trabajadores. El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), movimiento guerrillero que le seguía en tamaño, inició también su ofensiva en los mismos blancos.

Finalmente, en marzo de 1976 los militares junto a la oligarquía nacional y con el respaldo de las corporaciones multinacionales, lanzaron el Golpe. La nueva junta militar censuró a los medios de comunicación y anuló la Constitución. Sentía que ésta era la única forma de controlar no sólo a los jóvenes sino a los trabajadores cuyas demandas salariales y continuas huelgas se habían vuelto incontrolables.

Asistir a la universidad se convirtió en un riesgo. Tenía que presentarme ante dos soldados que se habían instalado con sus ametralladoras a la entrada del edificio. Un oficial nos solicitaba los documentos, comparaba nuestros nombres con los de una lista de militantes "buscados" y revisaba las pertenencias que llevábamos. Yo no sabía cuándo mi nombre iba a aparecer en la lista. Dejé de ir a clase. Sin embargo, el Golpe actuó sobre la bronca como un detonador y decidí participar más activamente. Esta decisión implicaba arriesgar la vida. Ruth, tenía nueve meses. La respuesta a mis propios temores fue la necesidad de trabajar por una sociedad mejor para el futuro de mi hija. Lo hice durante casi un año.

Clandestinamente, copiaba y distribuía información sobre la situación económica, las huelgas de los trabajadores y la represión.

Me enteré del mecanismo de la "desaparición" que

involucraba secuestro, tortura y detención clandestina, a quienes los militares negaban tener en su poder. No sabía entonces que en breve me convertiría en una persona desaparecida.

El 12 de enero de 1977, al mediodía, fui detenida por personal del Ejército en mi domicilio, Canadá 240, departamento 2, Bahía Blanca. Minutos después, el mismo personal militar detuvo a mi esposo en su lugar de trabajo.

Me llevaron al Comando del V Cuerpo de Ejército y de allí a un campo clandestino de detención, al que los militares irónicamente denominaban La Escuelita.

No sabíamos qué habían hecho con nuestra hija, Ruth.

Desde aquel momento y durante los cinco meses subsiguientes mi esposo y yo nos convertimos en dos nombres más en la interminable lista de personas desaparecidas.

La Escuelita era una vieja casa ubicada tras el Comando del V Cuerpo de Ejército, a quince cuadras del hotel "Tú y Yo" sobre el camino de cintura de la Carrindanga. La casa se encontraba cerca de las vías del ferrocarril y podíamos escuchar el ruido de los trenes, de los disparos de práctica del V Cuerpo y el mugido de las vacas.

Cuando bajé del jeep del Ejército, esposada y con los ojos vendados, pude ver por debajo de la venda floja, al echar la cabeza hacia atrás, sobre la fachada de la casa, las letras AAA (Alianza Anticomunista Argentina), es decir, el nombre del grupo parapolicial con el cual los militares negaban tener vínculos.

En La Escuelita había dos habitaciones donde unos quince prisioneros permanecíamos acostados y con las manos atadas. Los pisos eran de madera y las paredes amarillentas con altas ventanas de oscuros postigos verdes y rejas de hierro de estilo colonial. Entre ambas habitaciones había un hall con

piso de baldosas donde se instalaba un guardia para controlar que no nos moviéramos ni habláramos. El hall daba a un pasillo donde estaba la habitación de los guardias, una cocina y un baño. Había luego una puerta que daba a un patio allí se encontraban la sala de tortura, la letrina y el aljibe. También había una casilla rodante donde los guardias dormían y más tarde agregaron dos casillas más para los "desaparecidos".

Cuando llovía el agua se filtraba por las goteras y nos empapaba. Cuando helaba sólo teníamos una frazada mugrienta, pero cuando el calor era insoportable nos obligaban a taparnos hasta la cabeza. Se nos forzaba a permanecer en silencio y acostados, a menudo inmóviles o boca abajo por espacio de varias horas, con los ojos vendados y las muñecas atadas.

El almuerzo era a la una y la cena a las siete de la tarde, por lo que pasábamos dieciocho horas sin comer. Yo bajé diez kilos, llegando a pesar cuarenta y cinco kilos (mido 1,64). A la comida escasa, falta de azúcares y frutas, se sumaba el hecho de que la situación de estrés traumático continuo hacía que nuestro organismo consumiera mayor cantidad de calorías. Comíamos con los ojos vendados, sentados en la cama y con el plato en la falda, apoyado sobre la almohada. Cuando había sopa o guisos líquidos, los golpes eran permanentes porque los guardias pretendían que mantuviéramos el plato derecho. Cuando teníamos sed podíamos pedir agua durante horas obteniendo la misma respuesta. Por hablar nos castigaban con golpes de cachiporra de goma, puñetazos o quitándonos el colchón. El clima de violencia era permanente, nos amenazaban todo el tiempo gatillando sus armas en nuestra cabeza o boca.

El 25 de abril, tres meses y medio después del secuestro,

los guardias me dijeron: "te vamos a llevar a ver cómo crecen los rabanitos", un eufemismo que implicaba la muerte. En cambio, me transfirieron de La Escuelita a otro lugar donde permanecí en calidad de desaparecida, cincuenta y dos días más. Las condiciones de vida eran mejores, sin venda, sin golpes, con una alimentación más adecuada, una celda limpia y duchas diarias. El aislamiento era total y el riesgo de ser asesinada, el mismo.

En junio de 1977 se le informó a mi familia sobre mi paradero. "Reaparecí" pero continué como presa política dos años y medio más. Pude ver a mi hija y supe que mi esposo había sobrevivido también.

Nunca supe por qué los militares no me mataron. Mis padres, que golpearon todas las puertas en mi búsqueda, tal vez hayan golpeado la puerta correcta. Sin embargo, es sabido que algunos de los personajes más influyentes del país no pudieron rescatar a sus propios hijos. El grado de participación tampoco fue el causante de mi suerte. Hubo personas con menos compromiso político que no sobrevivieron. Eramos rehenes y como tales se disponía de nuestras vidas de acuerdo con las necesidades de nuestros captores. Ésta era la lógica con que funcionaba el Terrorismo de Estado.

Mientras estuve detenida no hubo ninguna acusación formal en mi contra. Como la mayoría de los siete mil presos políticos permanecí presa por tiempo indefinido, considerada como una amenaza a la seguridad nacional. Se estima que unas treinta mil personas "desaparecieron" en centros de detención como La Escuelita.

Entre ellos se encuentran alrededor de cuatrocientos niños secuestrados con sus padres o, como el bebé de Graciela,

nacidos en cautiverio. Hasta hoy, se desconoce el paradero de la mayoría de estas criaturas.

Los grupos de Derechos Humanos lanzaron una campaña internacional de denuncia contra la represión en Argentina. Uno de estos organismos, la Asociación Madres de Plaza de Mayo, se convirtió también en blanco de amenazas y varias de sus integrantes fueron secuestradas.

La presión interna e internacional forzó a la junta a liberar a un número de presos políticos. En 1979, después que la Organización de Estados Americanos (OEA) enviara una misión de investigación a la Argentina, me liberaron bajo la condición de que abandonara el país. La política de defensa de Derechos Humanos del presidente Carter también fue crucial en este proceso. Se nos otorgaron visas y el estatus de refugiados en los EE.UU., por ende, la junta recibió el mensaje de que este país quería la liberación de los detenidos.

Cerca de la navidad de 1979 me llevaron de la cárcel al aeropuerto, donde pude reunirme con mi hija. Algunas horas después partiría hacia los EE.UU. Mi esposo estaba allí desde hacía dos meses.

Al poco tiempo de mi llegada, comencé a trabajar por la libertad de los presos y desaparecidos que habían quedado en Argentina. Supe que el uso de la desaparición es un método sistemático de represión en toda América Latina. Como sobreviviente, sentí que era mi deber ayudar y dar testimonio de lo ocurrido.

A mediados de 1983 se produjo el colapso de la dictadura. La junta no pudo soportar el impacto de las huelgas, las manifestaciones, la presión internacional, la economía caótica, las luchas internas entre los militares después de la derrota

de Malvinas. En diciembre un presidente elegido democráticamente comenzó su mandato.

Cuando regresé a la Argentina, en el verano de 1984, se habían iniciado juicios contra aquellos que formaron parte de la represión. Cientos de cadáveres no identificados, la mayoría con señales de tortura, eran exhumados. La Escuelita había sido demolida pero el sitio fue reconocido a través de la información provista por varios sobrevivientes entre los que me incluyo. Testifiqué por escrito ante el juez asignado temporariamente al caso de La Escuelita. También lo hice ante la CONADEP. A pesar de las abrumadoras evidencias, un año después, sólo dos jefes militares, el general Jorge Rafael Videla y el almirante Emilio Massera recibieron condenas perpetuas por su rol en la desaparición de treinta mil personas. Únicamente tres militares más fueron castigados y cuatro fueron librados de toda culpa y cargo.

El resto de los criminales hoy disfruta de la libertad.

Hubo un juicio importante contra los generales genocidas que gobernaron el país, los hombres responsables de estos asesinatos masivos, sin embargo, hasta que no se haga justicia con los casos como el de La Escuelita no estaremos protegidos contra la repetición de estos crímenes de lesa humanidad.

El verano pasado conocí a Adrianita, la hija de Graciela y Raúl. Cuando sus abuelos acudían a los despachos de las autoridades para solicitar información sobre sus hijos, esta nena, que entonces tenía cuatro años, golpeaba furiosamente sobre los escritorios exigiendo: "¡Señor, devuélvame mis papás y mi hermanito!".

Adrianita me llama "tía".

También volví a ver a la madre de "la Vasca" y Graciela Izurieta, quien me dijo: "A pesar de que no tengo a mis hijas, te tengo a vos".

Las voces de los compañeros de La Escuelita resuenan con fuerza en mi memoria. Publico estos relatos para que esas voces no sean silenciadas.

Le pedí a mi madre, que es artista, que ilustrara este libro; su sufrimiento durante los años de la represión le brindó una herramienta más para dibujar, con su trazo enérgico, esta brutal realidad.

Hoy, al compartir con ustedes esta experiencia, rindo tributo a una generación de argentinos perdida en el intento de lograr justicia y cambio social. También rindo tributo a las víctimas de la represión en América Latina.

Conocí sólo una Escuelita, sin embargo, en nuestro continente hay muchas "escuelas" cuyos maestros se especializan en enseñar a perder la memoria y la convicción ideológica a fuerza de tortura y humillaciones.

Les pido que se mantengan alerta: en esas Escuelitas, los límites entre la historia y las historias son tan tenues que ni yo misma los puedo detectar.

Alicia Partnoy

(Prefacio de la edición en inglés, publicada en Estados Unidos en 1986 y en Inglaterra en 1987).

I

“... Se habla asimismo de personas ‘desaparecidas’ que se encontrarían detenidas por el gobierno argentino en los ignotos lugares del país. Todo esto no es sino una falsedad utilizada con fines políticos, ya que en la República no existen lugares secretos de detención, ni hay en los establecimientos carcelarios personas detenidas clandestinamente.”

Fragmento del Documento Final de la Junta Militar sobre la Guerra contra la Subversión y el Terrorismo. Abril de 1983.

Había una vez una Escuelita...

... de muerte y destrucción. Yo conocí una pero hay muchas plantadas "en los ignotos lugares" de nuestro continente. En esas Escuelitas los "maestros" enseñan a fuerza de tortura y humillaciones a perder la memoria de uno mismo y a que restemos la voluntad de lucha por cambiar la ecuación de la injusticia.

En las Escuelitas están los desaparecidos, a quienes se secuestra de la vida. Una mañana, una tarde o una noche cualquiera los amordazan y les vendan los ojos. Después, tratan de convencer al resto de que no existen, de que jamás pudieron haber existido... Tratan de convencer a la víctima de que tampoco existe, de que ha desaparecido del mundo, de las guías telefónicas, de su puesto en la historia, del pulso de sus seres queridos... Pero fui mala alumna. Por eso es que hoy les abro la puerta.

Olvidábamos los nombres, los rostros y las calles, las casas, los encuentros... pero siempre recordábamos alimentar la raíz de nuestro sueño... O casi siempre. A veces ese sueño se quebraba un instante, un minuto, unas dos horas, un día entero, tal vez una semana. Después, la voz amiga construía de los cristales rotos una ventana desde donde podía presentirse a nuestra gente siguiendo la batalla cotidiana. Y entonces era volver a levantarse... convivir con la muerte y la locura.

Obligados a permanecer tirados en colchones o en el piso, sin hablar, sin ver, manos atadas, estómago vacío, soportan-

do golpes, insultos y la incertidumbre de la bala final, aprendimos de los milicos, en esos meses de Escuelita, que el odio que nos tienen es más grande que el que siente el pueblo por ellos.

Tratemos de aflojarnos la venda que nos han puesto sobre los ojos, espiemos por el resquicio cómo transcurre la vida en La Escuelita. Por la sangre de los que conocieron las aulas del terror antes de que los fusilaran, por el dolor de los que están en este momento soportando las diversas clases de la infamia, sumémonos a la fuerza para borrar de la faz del continente todas las Escuelitas, para que los crímenes no queden impunes, y entonces, los pueblos castigados puedan alzarse en maremotos, ocupar lo que es suyo y ser felices.

Chancletas con una sola flor

Ese mediodía andaba con las sandalias del "Negro". Hacía calor y no tenía ganas de revolver el ropero para buscar las suyas. Había bastante que hacer en la casa. Cuando golpearon la puerta recorrió chancleteando los treinta metros de pasillo. Pensó por un segundo que tal vez no debiera abrir: golpeaban muy a lo bruto... pero era mediodía. Siempre los había esperado de noche. Era lindo andar con el batón de entrecasa y las sandalias del "Negro" después de haber dormido tantas noches con los zapatos puestos, esperándolos.

Perdió la primera en la mitad del pasillo, antes de llegar donde estaba la nena, que venía siguiéndola rumbo a la puerta. Perdió la segunda al saltar el paredón del fondo. Para entonces, los gritos y patadas en la puerta eran brutales. Ruth había roto en llanto. De cuclillas entre las plantas, escuchó el tiro. Miró hacia arriba y vio soldados en todos los techos. Corrió hacia la calle por entre los pastos altos como ella. Los pies le respondían. De pronto el sol la desnudó, le aprisionó el aliento. Cuando los milicos la tomaron de los brazos para hacerla caminar hasta el camión, miró un instante sus pies descalzos sobre el polvo seco de la calle, después alzó la vista: el cielo era tan azul que dolía. Los vecinos oyeron sus gritos de denuncia.

El piso del camión estaba fresco, pero las baldosas del edificio del Comando de Ejército estaban más frescas aún. Caminó mil veces de punta a punta la habitación, hasta que esa tarde la vinieron a buscar. Por un resquicio de la venda veía

sus pies sobre las baldositas blancas y negras, la escalera, el pasillo. Después fue el viaje a La Escuelita.

En la cocina del campo de concentración tomaron registro de sus pertenencias:

—¿Para qué si me van a robar todo?— les preguntó.

—Una alianza de casamiento, un reloj marca..., vestido color..., corpiño, no tiene, bombacha color..., zapatos no tiene. ¿No tiene? No importa. ¡Total para lo que va a caminar! —. Carcajadas.

Ella no prestaba mucha atención a lo que decían. Trataba, sí, de deducir cuántos eran. Cuando pensaba que iba a empezar el interrogatorio, la llevaron a una pieza, pasando un pasillo de baldosas... piso de madera vieja. La venda seguía floja. Cuando llegó al camastro que le correspondía, descubrió una frazada harapienta, se cubrió los pies y ya no se sintió tan desvalida. La noche fue una pesadilla en vela.

A la mañana siguiente alguien le tocó el hombro y la hizo levantarse. Durante la noche le habían ajustado la venda de los ojos: el resquicio era más pequeño pero suficiente para ver el suelo de la antesala... sangre en el piso, junto a la mancha celeste. La hicieron pasar sobre las gotas de sangre. Trató de no esquivarlas para que no se dieran cuenta de que podía ver.

Mientras abrían la reja del pasillo pensó un minuto en la mancha celeste. Hubiera jurado que ese color le era muy familiar... era igual al celeste de los pantalones del "Negro"... era idéntico al celeste de los pantalones del "Negro". Era él, tirado en el piso de la antesala, lastimado. El corazón se le encogió un poco más, hasta tomar la consistencia de la piedra. "Tenemos que ser duros", pensó "si no, nos hacen mierda". A pesar de eso el miedo le abrió un enorme hueco en el

estómago, cuando bajó el escalón de la sala de "máquina" vio un pedazo de la cama metálica de esas que se usan para la tortura. El piso era de cemento.

No recuerda qué día fue exactamente. Para ese entonces ya conocía algo del movimiento de La Escuelita. Ya sabía, por ejemplo, que después de comer, si los dejaban estar sentados unos minutos en el borde de la cama, podía susurrarle algo a "la Vasquita", que estaba en la cucheta de al lado, sin que las pescaran. Eligió las palabras:

—¡Vasca!— llamó.

—Sí...

—Me dieron unas chancletas con una sola flor.

—¡Al fin!

—¿Me entendiste bien? Una sola flor, dos chancletas y una sola flor.

"La Vasca" estiró mucho el cuello y levantó la cara para espiar por debajo de la venda. Primero sonrió y luego se echó a reír con una risa nerviosa y a duras penas contenida. Ella ya no sabía cómo hacer para no estallar en carcajadas. Si las enganchaban riéndose les iba a costar mucho explicar qué era lo que les causaba tanta gracia. Entonces, con o sin explicaciones, vendrían los golpes. La flor, una inmensa margarita de plástico, las miraba desde allá abajo. La otra chancleta, huérfana de flor, era más como ellas. Pero esa flor, entre la mugre y el miedo, los gritos y la tortura, esa flor tan de plástico, tan

de mentira, tan ridícula... Esa margarita de utilería era casi obscena, absurda, una burla... Chancleteó la margarita durante mas de cien días de la letrina a la cama, de la cama a la ducha. Muchas veces buscó la margarita a tientas bajo la cucheta, entre los golpes y gritos de los guardias. El día en que la trasladaron a la cárcel, a alguien se le ocurrió que debía llevar zapatos "más decentes". Le consiguieron unas alpargatas como tres números más grandes. Las chancletas con una sola flor quedaron en La Escuelita, desaparecidas...

Letrina

—Descubrí la fórmula contra el estreñimiento— le dije a María Elenita una mañana después de espiar por debajo de la venda y ver que “el Loro” estaba en la otra pieza.

—¿Sí?

—Te imaginás que la cara del “Chiche” está en la letrina y es un placer cagar.

—¿Y da resultado?— preguntó incrédula.

—Claro, te reventás haciendo fuerza pero vale la pena.

Todos nos la rebuscamos para verle la cara al “Chiche” el jefe de turno a quien le dan ataques de demagogia y viene cada dos por tres a conversar con “sus” presos y preguntar cómo nos tratan. Todos, por otra parte, sufrimos de estreñimiento, consecuencia de pasar meses inmóviles en las cucheretas y de no tener un minuto de tranquilidad para hacer nuestras necesidades.

Al principio usábamos el baño de ellos, adentro. Entonces, a veces hasta nos daban permiso para lavarnos las manos. Después empezaron los viajes a la letrina. Ahora nos llevan dos veces por día y, cuando el guardia se siente benévolo, hasta tres veces.

—¡Sentarse y ponerse los zapatos!— ruge “el Peine”. Los que tenemos buscamos sin ver a los manotazos bajo la cama.

—¡Más rápido! ¡Más rápido!—. Y la macana de goma suena sobre alguno. Nos agarra de la venda que ata nuestras manos y nos ubica de a dos frente a la reja. Abre el candado y otro guardia nos va sacando por el pasillo. Frente a la puerta de

afuera esperamos que traigan al compañero anterior. El tercer guardia nos lleva entonces hasta la letrina.

—Más adelante, hacia la derecha... abrí las patas... Caminé para atrás. Alto... ¡Apurate!

—Señor... papel por favor...

Estiro la mano esperando un pedazo de diario. Me da una cartulina: papel de lija. Después me entero de que a los muchachos les dan casi siempre lija para limpiarse. Me agacho en la letrina y veo por la hendidura de la venda las zapatillas del «Pato», que se queda ahí mismo. Veo también mi vestido bordado floreado con el que trato de cubrirme y, sobre la tabla sucia de orina y excrementos, mi chancleta con su flor de plástico. Sopla un viento suave que, de no estar con la nariz en la letrina, aspiraría profundamente. Cantan los pájaros y se oye pasar el tren.

—¡Apurate!

Me vuelve a atar las manos y de nuevo puerta... pasillo... reja...

—Acostate.

Mis tripas están contentas.

El otro día «el Loro» y «el Bruja» inventaron la cuestión del trencito.

—Vamos, vamos, apurarse— corría como loco «el Loro» de una pieza a la otra, mientras nos iba poniendo en fila.

—Míralos qué simpáticos: los subversivos jugando al trencito— llamo al «Bruja» que estaba al otro lado de la reja. Al otro le gustó la historia.

—Déñse las manos. Digan chucu pii chucu pii. Más fuerte, vamos.

Tomé la mano de «la Vasca» y nos dimos un apretón cómplice. Del otro lado sentí la mano firme de Hugo. «Fuerza

para hoy y para todos los días que nos faltan”, fue el mensaje.

Una vez afuera, todavía se sentía “el Bruja” con espíritu de diversión. Al regreso de la letrina nos hacía correr en redondo por el patio. Íbamos a ciegas, arrastrados por la atadura de las manos. Yo logré olvidarme por un instante de la venda sobre los ojos, de lo absurdo sobre lo absurdo y disfruté el poder sentir mis piernas correr... diez segundos. Cuando María Elena se desmayó de debilidad, se acabó el “juego”.

Hace cosa de una semana “el Peine” me traía de la letrina. Estaba en el patio y en eso sentí que empujaban a un compañero para que nos chocáramos.

—Dale una cachetada por maleducado— dijo “el Loro”, poniendo mi mano a la altura de la cara del otro preso. Le acaricié la mejilla...

—Pegale o te pego a vos— gritó el “Loro”. Le di una suave palmada y me quedé esperando las doce bofetadas del guardia, que casi no sentí porque pensaba que, después de todo, el Hugo ya había estado en la tortura y la había pasado mucho peor que yo.

Cosas así se dan siempre cuando vamos a la letrina. Como el otro día, que me empujaron contra la reja y me rompieron un diente del golpe.

Una vez, el mes pasado, no fui al baño a la tarde. No es que no tuviera ganas. Era un día de esos en que ya no aguantaba más. Había dormido unas dieciocho horas, sólo me había despertado para el almuerzo. Quería seguir durmiendo. Ya no soportaba ver por debajo de la venda las manos de los guardias que nos manoseaban cuando pasábamos, manos que no podíamos esquivar sin delatar nuestra venda floja. La cuestión es que seguí durmiendo y esa noche, mientras soñaba

con un inodoro limpio color celeste, me despertó la humedad de la orina.

Pero ahora mejor no pienso más en eso. Hace como dos horas que estoy aguantando... y todavía me faltan unas tres más...

II

*¡Ay!, por nuestra generación.
Es que esta pasión
te deriva y te hace náufrago en la tierra.
Es
torbellino y quizá sementera.*

Luis Paredes "el Chito"

Cumpleaños

No me trajeron la gaseosa que me había prometido el visitante gordo. Sin embargo, me dejaron sentar en la cucheta. Es que hoy es mi cumpleaños. El visitante vino ayer por segunda vez, dio varias vueltas, hizo despliegue de civilidad y nos preguntó qué era lo que más nos gustaría comer. Creí que era importante por la manera en que trataba al "Turco", el jefe de guardia. Le dije entonces que me moría de ganas de tomar una gaseosa. Me prometió que hoy me haría traer una para celebrar mi cumpleaños. Pensé que cumpliría y es por eso que desde ayer estoy jugando con la sensación de tener burbujas en la boca, burbujas dulces. Mentalmente ya me tomé esa gaseosa unas quince veces. Me llamó la atención, sin embargo, que me dejaran sentar. Es que en esta pieza, según "el Turco", estamos los de mala conducta, los que no colaboramos. Cuando empezó esta farsa del régimen de "privilegios" hablé con "Patichoti":

—A los de la otra pieza les permiten quedarse sentados después de comer. También decían que iban a poder tomar sol. Hoy lo hicieron. Los sacaron al patio unos cinco minutos esta mañana.

—Yo no vendo a mis amigos por cinco minutos de sol... por todo el sol del mundo.

—Fijate que allí también hay mucha gente que no colaboró ¿Qué buscarán con esto de los privilegios?

—Quebrarnos—. "Patichoti" fue terminante.

Ahora "Patichoti" trata de hacerme reír. Está en la cama

de enfrente, contra la puerta, por eso no lo pueden ver cuando, arqueando el cuello hacia atrás, me espía por debajo de la venda. Tiene el cuerpo musculoso y un tatuaje en el brazo derecho con su nombre. A "Patichoti" le falta una pierna y le sobra sentido del humor. Yo estoy sentada en la cucheta de arriba, con las piernas colgando. Me da a entender que lo ha dejado sin aliento la maravillosa visión de mis pantorrillas que se balancean a metro y medio del piso. Se mantiene en esa posición incómoda, con el cuello en puente, mientras hace gestos de deleite con la boca, la única parte de la cara que la venda no le cubre. Esta vez yo no me río.

—¿Qué te pasa flaca?— me pregunta, preocupado. Él sabe que lo estoy espiondo. Estar sentada sobre la cucheta alta amplía mi campo visual. Así es como de pronto confirmo una sospecha que me ronda hace dos días: Eli también está aquí. Ayer trajeron a "Benja" y a María Elena...

—Flaca, ¿qué te pasa? —vuelve a preguntar "Patichoti".

—Estamos todos aquí, todos ¿Cómo hicieron estos hijos de puta para agarrarnos a todos?

Entra el guardia y le pido de nuevo la prometida gaseosa. El odio no me impide desear un cosquilleo de burbujas viajándose por la garganta.

—Después—, responde. Cierra la ventana aunque todavía no es de noche y se va. Ahora enciende la radio. Escucho la música tan fuerte que parece sacudir los cimientos de La Escuelita y me doy cuenta de que no es para festejar mi cumpleaños. Todavía no se han filtrado gritos porque eso pasa entre canción y canción. Leo los labios de "Patichoti": "Fuerza". Sé que él se debe estar acordando de la tortura.

III

*Bien lo sabéis,
vendrán por tí, por mí, por todos, y también por tí.
Aquí no se salva ni Dios,
lo asesinaron.
Escrito está.
Tu nombre está ya listo
temblando en un papel...*

Blas de Otero

Nombre

La última vez que escuché mi nombre completo fue en el Comando del V Cuerpo de Ejército, la tarde de mi secuestro. El milico, con voz pausada y hasta risueña, lo repetía mientras a un costado se oía el tecleo de una máquina de escribir. Yo acababa de estrenar la venda sobre los ojos.

—¿Nombre?

—Alicia Partnoy.

—¿Edad?

—Veintiún años.

—¿Alias?

—Ninguno.

El día que arrestaron a Graciela, la hermana de Zulma, todos nos cambiamos los sobrenombres. En mi caso particular en realidad no hacía falta. Es que Graciela conocía mi nombre, la dirección de mis viejos, mi historia. Si hablaba en la tortura no iba a ser el cambio de sobrenombres lo que me salvara. Pero no habló. Dice Zulma que le contó "Chamamé" que a Graciela la torturaron mucho. Pero no habló. Yo me fui por unos días de casa, por precaución. Me empecé a llamar Rosa. A veces la cuestión de los alias parecía ridícula. Uno pensaba: "en un pueblo vaya y pase, todos se conocen, hay un solo Gumersindo, un Pascual... pero en la ciudad ¿cómo se encuentra una Alicia entre cientos, un Carlos entre miles?". De a poco fuimos aprendiendo. Cada piedrita de información contribuía a formar el alud que aplastaría al resto de los compañeros. El color del pelo, el timbre de

la voz, la textura de las manos, el nombre, el sobrenombre... Detalles. Cuando llegó la hora de mi alud yo era Rosa. Cuando vinieron a buscarme no supe si venían por Rosa o por Alicia. Lo cierto es que venían por mí.

En La Escuelita no tengo apellido. Sólo "la Vasca" me llama por mi nombre. Varias veces nos han dicho que van a empezar a asignarnos números, pero hasta ahora no han sido más que amenazas.

El día de nuestra tercera ducha —ya llevaba yo casi dos meses aquí—, me traían del baño: el pelo largo mojado bajo la venda blanca de los ojos, el vestido con el desgarrón que me hice al saltar el tapial del fondo de mi casa, las manos atadas, los huesos creciéndome en puntas sobre los pómulos y las coyunturas... De pronto escuché que un guardia cantaba una milonga de Atahualpa: "Si la muerte traicionera/ me acogota a su palenque/ háganme con dos rebenques/ la cruz pa' mi cabecera...". Desde entonces me llaman "La Muerte". Será tal vez por eso que cada día al despertarme repito para mis adentros que yo, Alicia Partnoy, todavía estoy viva.

La primera noche del "Benja"

El nombre... mi nombre, ya me olvidé mi nombre. No importa, mejor. También me olvidé los nombres de los compañeros, las caras, lo que hacían... La edad mía no me la olvidé: les dije diecisiete. Tampoco me olvidé que soy peronista, montonero, ni que hice todo lo que pude contra estos milicos que nos están... pero eso no se lo dije a ellos.

—¡Putá! Me duele todo. Pero ya pasó lo peor... creo... espero... Pasó el pozo. Parecía que se me salían los brazos. Y el agua podrida ahí abajo ¿Cuántas horas? Ahora debe ser de noche.

Hoy nos dieron queso y dulce, un pedazo chiquito. Guardé el queso, eran demasiadas cosas ricas juntas. Hacía días que venía soñando con dulce... pero no así, no así. Porque el queso y dulce es porque los agarraron a ellos... También hubo música hoy, la radio a todo lo que daba. Para tapar sus gritos... Ahora está al pie de mi cucheta... parado. Le ataron las manos al borde de mi cama. Me acuerdo de sus manos libres echando a volar panfletos por las calles de Bahía.

¡Mirá vos dónde vine a encontrármela a "la Rosa"! Esta venda me aprieta demasiado los ojos. Esto no sería nada... si pudiera sentarme... lo feo fue cuando me colgaron de los pies, el sol recocinaba. ¡Hijos de puta! Ya nos las van a pagar todas... Tengo hambre... "Rosa" no me habla, no se debe poder hablar. Sólo me avisó que estaba allí, justo en la cucheta de arriba, la cucheta a la que estoy atado.

¡Pobre "Benja"! Tan desvalido, desnudo, las costillas marca-

das... seguro que tiene hambre. Ya debe hacer más de una hora que está allí. El guardia no jode todavía. Lástima que desde aquí no puedo ver muy bien la salita. Tengo la venda ajustada y si me tuerzo mucho para espiar me van a pescar. Si estiro los pies, en cambio, le toco las manos: las tiene heladas. Me gustaría poder protegerlo...

No la conocí mucho, algunas reuniones... Creo que pintamos una pared juntos: "Abajo los milicos asesinos. Patria o Muerte. Venceremos"... algo así... mejor no pienso en eso, mejor no me acuerdo. Tengo sed pero si lo llamo va a empezar todo de nuevo... los golpes... las puteadas no las oigo, pero los golpes... Tiene los pies calientes y me hace bien entibiarme por lo menos las manos... La otra está del otro lado del fierro de la cama pero si la pudiera mover un poco... ya está. Ahora tengo las dos manos tapadas con la frazada que ella está estirando.

Tengo el pedazo de queso y también un pancito que guardé para mañana. Si los corto chiquito, entre los dedos del pie... está la frazada, no se van a dar cuenta. ¡Lástima que no guardé el dulce!

—“Benja” ¿comiste?

—No...

—Tomá, masticá con cuidado para que no te vean.

Unos diez viajes, el próximo es el último. Ya está: el pancito entre el dedo gordo y el segundo, estiro con cuidado la pierna y llego hasta sus manos. Dobla la cabeza sobre las manos y mastica con cuidado; ya le avisé que no tengo más.

—Señor — llama “la Vasca” —. Señor ...

“El Abuelo” entra en la pieza a las zancadas.

—¿Me da agua?

Se va y vuelve con el jarro del agua.

—Señor...— dice “Benja” —¿Puedo tomar agua?

Mi cama se tambalea y se oye un quejido estrangulado: el guardia le acaba de dar un puñetazo en el estómago.

—¿Querés agua? Tomá.

Otro golpe. Ojalá me pegara a mí. Me duelen esos golpes... y la impotencia.

Mierda, si lo pudiera agarrar de frente, sin venda en los ojos, con las manos libres. El primero me dolió, la sorpresa... el segundo no tanto, estaba preparado... ¿Cuánto tiempo lo tendrán a uno aquí? Me apoyo un rato en cada pie, ahora en los dos... Me parece que lo oigo entrando de nuevo, camina muy despacio pero el piso de tablas vibra un poco. El hijo de puta me quiere pescar desprevenido, o espiondo o hab...

Por favor que no venga de nuevo... Ya entró tres veces, lo está destrozando. Dice que está aburrido, que quiere “Boxear un poco”. Se siente todopoderoso pero no sé por qué creo que tiene miedo, debe tenerlo; en algún rincón de su cabeza tiene que haber quedado el recuerdo, el recuerdo aunque sea, de la noción de justicia. Pero ahora no es eso lo que importa, lo que importa es que deje de pegarle. Lo escucho entrar en puntas de pie. Ya veo un pedazo de su camisa por debajo de la venda... “¡Señor!”, lo llamo alzando bastante la voz para que no se dé cuenta de que sé que está cerca.

—¿Qué querés?

Finjo sobresaltarme cuando me contesta tan rápido.

—Señor, ¿sobró pan?

—No.

“Patichoti”, que adivina la jugada, dice: “Señor, a mí me sobró un pedazo. ¿ Puedo pasárselo?”. ¡Al “Patichoti” le sobró un pedazo

de pan! No puedo creerlo. A la mañana, cuando cambie la guardia, haremos la misma historia al revés para devolverle el pan. Lo importante ahora es hacer tiempo, demorar el golpe...

Ya estoy preparado, endurecí los músculos de la panza todo lo que pude, aunque ya me duelen demasiado... el último golpe fue muy al costado, tengo una puntada fuerte y las piernas me tiemblan. Deben ser como las cuatro de la mañana... ¿Qué pasa que no me pega?

Cuando me trae el pan le digo de repente: "¿A que no me gana una pulseada?". Pongo el brazo en ángulo, la mano abierta, el otro brazo casi pegado a éste porque la gasa que me ata las muñecas está muy corta hoy... Espero... tal vez una cachetada, cuanto menos una burla... La burla llega pero el torturador coloca su codo junto al mío, me aprieta la mano. Aceptó el desafío. Acostada en la cucheta me afirmo con los pies contra el respaldar de hierro. Sé que tengo muy buenos abdominales y que en este caso me van a ayudar. Tensa como un arco, aprieto los dientes en el último esfuerzo... le gané. Parece que el tipo tampoco lo puede creer y quiere probar de nuevo.

Esta "Rosa" está loca, mirá que venir a jugar pulseadas aquí. ¡Qué ocurrencia! Pero por lo menos lo entretiene un rato... Y ella debe tener fuerza... La he visto caminar cuadras y cuadras con su nena a upa. Y esa nena está gordita...

Ya la tercera me la ganó fácil, la segunda le había costado un poco. Parece que ya se aburrió y no acepta la cuarta... Me duele bastante el brazo, hace casi un mes que no hago ningún esfuerzo, tirada en esta cama... ¿Qué hace ahora? Se va... Se olvidó, parece que se olvidó a qué venta... Resultó. Veremos hasta cuándo...

Los pasos se alejan, de verdad lo de las pulseadas salió bien. . .

Hace un rato me pareció oír la voz de la petisa pidiendo agua, venía como de atrás, debe haber otra pieza. Aquí están “la Rosa”, otra mujer y el muchacho ese que le pasó el pan... en la cama de allá parece que hay alguien más. Uy madre, está viniendo de nuevo...

Se acerca a mi cucheta y por suerte se pone a fanfarronear.

—¿Creías que me ibas a ganar?

—Le juego la revancha.

Acepta. El hijo de puta se aburrió de “practicar boxeo”. ¿Por qué carajo no se quedará dormido como “el Pato”? Ese se mete bastante alcohol encima y queda frito... pero este... dos pulseadas más... ya no siento el brazo ni me importa, lo que importa es que él también se canse, que no... bué, me ganó la tercera. Se va.

Viene otra vez ¡Hasta cuándo, Dios! Debe estar amaneciendo y tiemblo sin parar. Creo que me dormí un rato. Me grita: “¡Parate bien!”. Hago esfuerzos pero las rodillas no me responden. Al fin me está desatando las manos de la cucheta... Ahora me va a pegar otra vez, seguro. No, me ata las manos juntas y me hace acostar en la cama de abajo... ¡Por fin! uy... me duele todo. Cada músculo vuelve a encontrar su lugar, se empujan los huesos unos a otros... ¡Aah! Al fin...

“El Abuelo” va hasta la reja y la sacude. Grita: “¡Pasillo!”. La puerta se abre y vuelve a cerrarse rápidamente. Cambia la guardia. Son las siete de la mañana. Empieza otro día en La Escuelita.

Telepatía

Todavía no sé muy bien si fue para peor o para mejor que lo de la telepatía no haya funcionado. Probé varias veces. Me importaba sobre todo comunicarme con mi familia, aunque los usos podrían llegar a ser infinitos. Me acuerdo que la primera vez que lo intenté fue el día en que trajeron un pedazo de carne y una papa hervida para el almuerzo. El plato constituía una exquisitez digna de otra escenografía. Carne y papa fueron digeridas con pasmosa rapidez. Entonces fue probablemente el hambre lo que me despertó las ganas de explorar el mundo extrasensorial. Empecé primero por relajar el cuerpo. Se suponía que la mente, aligerada de su peso, podría viajar en la dirección que yo determinara. Pero el experimento no funcionó. Era de esperar que mi mente, elevada hasta el techo de la habitación, tuviera la virtud de observar mi cuerpo tendido sobre el colchón de rayas rojas y mugre. Pero no. Quizás esos ojos del espíritu también estuvieran vendados.

Al día siguiente probé de nuevo. Fue la misma tarde en que me desperté sobresaltada tratando de acordarme dónde había dejado a mi hija aquel mediodía, para abrir los ojos a una venda que me los tapaba hacía ya veinte mediodías. Ese sobresalto me dio una idea. Mi mente todavía tenía uno de sus bordes en libertad. ¡Si pudiera estirarse hacia afuera! Querer es poder. Si yo quiero, puedo controlar mi pensamiento, hacerlo viajar, huir. SALIR ¡Te lo ordeno! A mí me dan tantas órdenes: “¡Sentarse! ¡Acostarse! ¡Boca abajo! ¡Apurarse!”. Por

eso yo le exigí a mi pensamiento: "¡Vamos! Rajá. Rápido. Salí." Es que tenía una misión para él. De todas maneras, ahora que lo pienso bien, tal vez haya sido mejor que no me obedeciera. Porque entonces yo le hubiera pedido que averiguara mi futuro, y cuando él regresara a contarme cuántas balas había visto en mi cadáver, yo no iba a tener paz. Ahora tampoco tengo paz, pero por lo menos me queda la esperanza de que todavía me quede una cuota de aire para respirar en libertad.

Hice un tercer intento esta tarde. Utilicé otro método. Reconstruí en mi imaginación la casa de la calle Uruguay, mi mamá y sus cuadros en el galponcito, papá preparando té en la cocina, mi hermano doblado sobre un libro... el sol... los árboles del patio. "Estoy bien", repetí mentalmente. "Estoy viva. Estoy viva. Todavía estoy viva. Estoy bien". Apreté los párpados con fuerza, los puños, las mandíbulas... "Estoy bien. Escuchen, estoy bien". Mamá siguió pintando, papá revolvió el té y Daniel dio vuelta la página de su libro... En el patio los árboles se balancearon, pero yo no los vi, sólo los imaginé. Ellos tampoco me escucharon. Los pies me cosquilleaban. Quería salir corriendo.

Creo que fue entonces cuando abrí los ojos. Por la ranura de debajo de la venda vi las piernas de Hugo. "El Bruja" acababa de traerlo de la ducha. Le habían puesto un vestido de mujer, para regocijo del "Loro" que carcajeaba al verlo tratar de trepar la cucheta. Al rato pasó "Batata", vestido con un camión rosa. Decían los guardias que no había pantalones para los hombres... entre las risas y la humillación que flotaba en el aire como un olor incómodo, no pude seguir con la telepatía. De todas maneras, no había podido comunicarme.

Es extraño pero de repente me doy cuenta de que, desde hace un rato, tengo la certeza de que uno de mis abuelos se acaba de morir.

Graciela: Alrededor de la mesa

Hace quince días que empezó esta historia de dar vueltas alrededor de la mesa. En fin, es algo distinto para hacer cada tarde. Ya llevo ocho vueltas hoy, dos pasos más y llego al borde. Estoy un poco mareada... Ahora para el otro lado: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... uno, dos, tres, cuatro... uno, dos...

—¿Y qué nombre le va a poner, comadre?

¡La pregunta! Como si les importara... Hay que reconocer que al menos sienten un poco de compasión por mí, ya no me pegan, no me manosean; ahora caigo en la cuenta de que hace unos días, tampoco me gritan. Bueno, ¡con esta panza! Sin embargo, no les importó mucho la panza cuando me agarraron. El viaje de Cutral-Có a Neuquén: el infierno. Sabían que estaba embarazada. No se me había ocurrido que me podrían torturar en el viaje... todo el viaje... La picana... sobre mi vientre... porque ellos sabían... Uno, dos, tres, cuatro... Entonces con cada shock el miedo terrible de abortar... y el dolor, por mí y por el bebé; creo que me dolía más saber que le dolía a él... que lo estaban queriendo matar... A veces pienso que tal vez hubiera sido mejor haber abortado...

Ya llevo como doce vueltas, y esta cuestión del "ejercicio" ¿será una farsa más o realmente me dejarán vivir hasta que el chico nazca? ¿Y después?... Mejor no pienso por un rato. Vuelta número trece. Treinta, dijo el doctor. Ese no debe ser ni doctor. ¿Cómo podría un médico ser cómplice? Esa sí que fue una reflexión estúpida: asesinos puede haber de todas las profesiones.

Adrianita... Juro no pensar en ella... al menos hasta la vuelta número veinte. Si aguanto hasta la veinte, capaz que aguante hasta la veinticinco, hasta la treinta... Después voy a pedir ir al baño. Si me llevan tal vez hasta pueda lavarme las manos. Desde hace un mes me llevan al baño de ellos... Ya no podía mantenerme en equilibrio en la letrina, estaba tan débil. Cuando vuelva del baño me voy a comer un pedazo de pan que guardé del almuerzo... Lo voy a hacer durar bastante, como siempre... tal vez me entretenga así un buen rato y no piense en Adrianita: ayer pensé en ella todo el día... lloré todo el día ¿Dónde estará mi nenita? ¡Si al menos la tuvieran los viejos!

Vuelta número veinte. Están pidiendo agua. Es la voz de María Elena. Tan chiquita y tan fuerte María Elena... tan decidida a plantarse contra la injusticia: "Tenemos que hacer algo hermana". Creo que repetía lo que alguna vez nos oyó decir al "flaco" y a mí. Pensé que me volvía loca cuando la trajeron a La Escuelita. Cuando me di cuenta de que sospechaban de ella, imaginé mil formas de avisarle, todas impracticables, sin salida. Por eso cuando la trajeron a Alicia lo primero que se me ocurrió fue preguntarle si le quedaba alguna manera de contactarse con el exterior... En el infierno tampoco se debe tener contacto con el exterior... Ahora la culpa... es como una atadura más, además de la venda sobre los ojos y la gasa que me ata las manos. A veces quisiera desaparecer,irme con el viento que entra por la ventana. Desaparecida... desaparecer de verdad, quiero decir... borrar me del mundo... Esto pesa tanto... Si al menos estuviera Raúl aquí... ¿Adónde lo habrán llevado? Ese día, mientras me cambiaban la venda de los ojos, le pregunté al "Vieja" si sabía. Me dijo que al sur, a otro campo. "El Vaca" no me quiso decir nada...

¡Y pensar que quería separarme de él antes de caer! Ahora me falta el aire porque no está... por lo menos no siento cómo le pegan... Sin embargo, antes se me desataba la mordaza de la angustia cuando lo oía susurrar: "Estoy bien, gorda, no te preocupes". Sobre el piso de madera, estaba bien. Recibiendo patadas y puñetazos día y noche, estaba bien... "Fuerza, Graciela, fuerza... por Adrianita, por el bebé..."

El bebé da vueltas alrededor de la mesa conmigo, dentro mío... cuatro vueltas más... ya estoy cansada de caminar, me falta el aliento... conozco de memoria los bordes de esta mesa, podría reconocerla entre todas la mesas del mundo aunque nunca la pude ver bien. Treinta vueltas, quince días... trescientas... cuatrocientas cincuenta vueltas... hoy tengo la venda muy ajustada y ni siquiera puedo verme los pies... y el vestido de flores... ¿De quién sería este vestido?... El nene se mueve... corazón, ¿protegerte, yo hijo mío?... Yo... tan desprotegida... si al menos tu padre estuviera aquí... Tal vez pudieras oír su susurro: "Fuerza, hijo, valor... el futuro va a ser tuyo". Tu futuro, hijo, por él renunciamos hasta al sol sobre nuestros párpados. Vuelta número treinta de un presente de muerte... No los perdones hijo... Tampoco perdones a esta mesa.

IV

*Olfateo un color de muerte.
Todas mis células están en agonía...*
Leonel Rugama

Nariz

Ahora que gracias a ella puedo ver, las cosas han cambiado. Sin embargo, desde que tengo memoria siempre renequé de mi nariz, no solamente por los problemas respiratorios, las cuatro operaciones, etc. Nunca me gustó la forma. No es que fuera demasiado grande. Sólo lo suficiente para hacerme sentir incómoda. Me molestaba esa curva semítica y cuando estudiaba mi perfil solía levantarme la punta con el índice, en busca de armonía. Claro que ahora no tengo ese problema. Puedo mirarme en el espejo solamente una vez cada veinte días, cuando me sacan la venda para bañarme. Entonces ya no es la nariz lo que me preocupa, contemplo mis cejas cada vez más pobladas, los ojos, que se me han puesto raros, profundos...

Cuando éramos chicos mi hermano para hacerme enojar me llamaba Cyrana, por aquella novela de Cyrano de Bergerac. "Érase un hombre a una nariz pegado". Me ponía furiosa.

El otro día me animé a pedir un antihistamínico. El "Doctor", un gordo gigantesco, se sentó en el borde de mi cama a preguntar cómo me sentía. Le hablé de esta alergia que de a ratos no me deja respirar. Me dio una pastilla redonda y pequeña.

Los pedazos de gasa que a veces me traen para sonarme, se amontonan bajo la almohada.

A pesar de todo, ese resentimiento hacia mi nariz se ha ido suavizando en estos últimos días. Cuando está obstruida por la alergia no puedo olfatear el cigarrillo del guardia que entra a hurtadillas, la lluvia, el pan... pero tampoco la mugre

de mi frazada ni el olor metálico de nuestro miedo. Es decir, ventajas y desventajas corren parejas.

Son las condiciones de vida en La Escuelita las que permiten que este apéndice de mi cara manifieste su oculta virtud: la nariz me permite ver. No es que me haya puesto metafórica de pronto. Sí, veo gracias a ella. Lo que ocurre es que su forma mantiene la venda de mis ojos ligeramente levantada. Por las pequeñas rendijas desfilan porciones de este mundo.

Sólo "el Peine" sabe cómo atar una venda lo suficientemente ancha como para burlar mi nariz. Otros guardias me ponen pedazos de algodón y cinta adhesiva para clausurar esas ventanitas ilegales y —para ellos— peligrosas. Mientras tanto, mi nariz parece crecer, orgullosa, cada vez que me colocan una nueva venda. Es que, finalmente, ella y yo nos hemos reconciliado.

Religión

Ayer "el Abuelo" me encontró hablando y me llevó ante "el Chiche". Sentado sobre la mesa del hall golpeaba un rebenque contra el borde. Me hizo parar a medio metro de él y yo podía verle las piernas por debajo de la venda.

—Me enteré de que sos judía, ¿es verdad?

—Sí señor.

—Bueno, si no te portás bien te vamos a hacer jabón, ¿sabés?

—Me quedé esperando un rebencazo que no llegó. «El Abuelo» me trajo de nuevo hasta la cucheta.

La advertencia del "Chiche" no me asustó tal vez porque estoy convencida de que en La Escuelita no hay tecnología para convertir a nadie en jabón. Quizás no tomé en serio su amenaza porque de todos modos ya sé que me van a matar en cualquier momento.

A veces, cuando estoy muy asustada, me gustaría creer en Dios: el dios de los cristianos, el dios de mi familia, cualquiera... En realidad quisiera creer en un dios que me proteja, que me saque de aquí, no en un dios que me haga mártir.

—¿De dónde sacás fuerzas para arriesgarte a que los milicos te maten si no crees en Dios?—, me preguntó Néstor un día. Él, cristiano hasta la médula, encontraba en la Teología de la Liberación las herramientas para pelear contra la injusticia. Pero Néstor no está aquí; tampoco Mary, su mujer. En el camino hacia La Escuelita me consolaba la idea de que aquí volvería a encontrarlos. Pero ya se los habían llevado. Dice

“el Zorzal” que a los dos los sacaron unos días antes de que nos trajeran a nosotros.

Néstor y Mary son como mis hermanos. Podría decir que nos fuimos siguiendo los pasos desde la adolescencia hasta casi la puerta misma de este campo de concentración. El matrimonio, los hijos, la militancia... sus vivencias fueron las mías, sus creencias también. Todas menos una: nunca pudieron convencerme de que Dios existía. Participé en la ceremonia del casamiento de ellos. Leí la Biblia...

Me acuerdo que también la leía una noche en que había buscado refugio en casa de Néstor y Mary... Entre las dos y las cuatro de la madrugada, junto a una lámpara semicubierta para que la luz no se viera desde afuera, me tocaba hacer guardia. Tenía a mano un cuchillo de cocina bastante desafilado. Había dos más como ese en la casa. El otro día, cuando me vinieron a buscar con tres camiones del ejército para traerme a La Escuelita me di cuenta de cuán ilusos éramos al pensar que tendríamos tiempo de escaparnos. Había en la casa de Néstor y Mary tres niños, tres cuchillos y una Biblia. Éramos, a todas luces, un caso perdido.

Con Mary hablábamos de los hijos, nuestras parejas y el laburo político de la mujer. A Néstor le gustaba que le contara sobre las tradiciones de mi familia, sobre mis raíces, que le hablara de mi tatarabuelo cosaco en Rusia y de mis abuelos inmigrantes en la Argentina... Me llamaba con orgullo su “hermanita judía”.

Ahora que “el Chiche” salió con el “descubrimiento” de mis orígenes, me doy cuenta de que es la primera vez que se menciona el tema aquí. En todo caso no es por ser judía que me trajeron a La Escuelita, tampoco a Néstor y Mary los

trajeron por ser cristianos... ¡Tantos curas bendicen las armas de los milicos! ¡Tantos rabinos agradecen a Dios el golpe militar que los salvó del "caos"! Cuando estas cosas pasan pienso que Dios es solamente un pretexto... y yo les tengo una instintiva aversión a los pretextos.

Desde que "el Abuelo" me agarró hablando ayer y me llevó ante "el Chiche" ni siquiera he tratado de volver a abrir la boca. Acaba de cambiar la guardia, éste todavía no me ha pescado nunca. Me puedo arriesgar: "¡Vasca!".

Conversación bajo la lluvia

Ese día había sido diferente a los demás, la lluvia lo había hecho distinto. Había empezado a llover apenas después del almuerzo. El olor de la tierra mojada le hizo caer en cuenta de que todavía estaba viva. Inspiró con fuerza y un extraño recuerdo de libertad le cosquilleó en los huesos de las mejillas. La ventana abierta dejó entrar algo de lluvia... Una gota le cayó en la frente, arriba de la venda, y fue penetrando lentamente hasta el corazón. El corazón, hecho piedra a fuerza de contraerse para esquivar la angustia, se ablandó como el pan duro en el agua. Su corazón de pan duro se iba dilatando de a poco y se le deshacía sin remedio. Cuando creyó que iba a llorar, los pasos cerraron la ventana. Después, la gotera.

La Escuelita estaba llena de goteras. Lo había comprobado con la lluvia grande de enero, cuando todavía estaba en la otra pieza. Aquella vez, el agua había caído a baldazos sobre las cuchetas. Había hecho frío. Ahora, en cambio, recién empezaba. Cuando ya habían caído casi tantas gotas como días ella había pasado allí, trajeron latas para las goteras. La música más dulce que había oído en mucho tiempo empezó a sonar sobre las cuatro primeras latas. Se concentró un rato en captar la frecuencia con que caían las gotas: clin... clon... plaspás... clin... clonplas... plas... clunk... clank... splash... plosh... La número uno estaba cerca de la ventana del fondo, la que estaba clausurada; la lata número dos junto a la cama de "la Vasca"; la tercera justo en el centro de la habitación y la cuarta parecía estar pegada al marco de la puerta. De pronto

escuchó tiss... tiss, tiss... Estiró la mano y allí empezaron a caer las gotas. Atesoró cinco en el cuenco: cinco pedacitos de frescura y de vida entre toda esa suciedad... Se lavó las manos. En ese su primer contacto con agua en más de veinte días, se lavaba también un poco de la amargura que, junto con la mugre, se le había pegado a la piel. Con las gotas siguientes se humedeció los labios.

Durmió unas horas al arrullo de la lluvia, mientras soñaba con mates, tortas fritas y ventanas con cielos grises que se podían mirar sin vendas en los ojos. Serían como las seis cuando decidió despertarse. Habían puesto una lata bajo la gotera junto a su cama; alcanzó a contar ocho, aunque ya le costaba darse cuenta dónde habían colocado las nuevas. Sintió la venda floja y pensó que mejor pedía que se la cambiaran antes de que entrara la guardia siguiente. Empezó a llamar.

Poco antes de la cena, con la venda cambiada, volvió a poner la mano bajo la gotera. Se quedó así un rato largo, sintiendo el agua resbalar por las líneas de la vida y la muerte. No pudo resistir la tentación:

—María Elena —llamó.

—Sí... —le respondieron en un susurro.

—Tengo una gotera.

—¡Yo también!

Después de la cena las goteras se habían multiplicado.

Primero movieron la cucheta de María Elena en dirección a la suya; al rato, las goteras había atacado su cama por todos los flancos, así que también tuvieron que correrla. Cuando el guardia se fue, volvió a llamarla. La alegría le ocupó todo el pecho cuando sintió la voz de María Elena a poco más de un metro de su oído.

—Estamos muy cerca...

Por primera vez en más de dos meses, la habían puesto tan cerca de alguien. Las dos tenían la cabeza para el mismo lado. El guardia se había olvidado de hacerle cambiar de cabecera a una de ellas...

Aunque tal vez el olvido había sido intencional...

—¿Dónde está?

—No lo escucho.

—Yo lo oí salir.

—¿Podremos hablar?

—Creo que sí, estamos muy cerca, no nos puede oír.

—El ruido del agua ayuda a tapar las voces...

—Es como si estuviéramos de visita.

Se rieron en silencio y se acomodaron en las cuchetas, dispuestas a disfrutar de un momento de charla. Suspiraron al unísono, relajándose. Más risas. No había podido hablar con María Elena desde hacía dos días, cuando, a las apuradas, le había dado algunas nociones de yoga.

—¿Pudiste dormir al final?

—Sí, es bárbaro. Respiré al mismo ritmo, como vos me dijiste y después estaba tan concentrada en pensar en cada músculo del cuerpo, en aflojarlo y sentir cómo se hundía en el colchón que creo que por un rato hasta me olvidé de dónde estaba.

—¿Y lo otro?

—Sigo sin menstruar, estoy preocupada. Creo que estoy embarazada...

—Esperá un poco para preocuparte, acordate de que aquí ninguna de nosotras menstrúa. Fijate "la Vasca", hace cinco meses... y no está embarazada; yo tampoco menstrúo, ni María de

los Angeles... no sé... es como si el cuerpo se defendiera...

—Ayer le conté al “Doctor”. Me dijo que nos va a dar una inyección a todas para que nos regularicemos, pero que eso va a ser antes de ir a la cárcel.

—¿Te dijo eso? Tal vez nos manden a todos a la cárcel entonces ¿Y del “Benja”, qué?

—“El Pato” me volvió a decir que, si quería, lo traía, para que me acostara con él.

—¿Pero “el Pato” no te pide nada?

—No, nada.

—¿Y quién más está en esa guardia? ¿“El Bruja”?

—Sí, y “el Loro”, pero ellos tampoco piden nada, lo hacen para “entretenerse”. Se van a masturbar mirándonos, aunque nosotros no hagamos nada.

—Y entonces ¿qué pensás?

—No sé... me da bronca pensar que esos... pero... Lo quiero tanto al “Benja”: ¿Si pudiera estar tranquila con él!... La otra vez que lo trajeron no sabía qué decirle...

—Bueno, por lo menos te diste cuenta de que él estaba bien... Esta vez tenés que planear lo que vas a decirle. No tenés que pensar que te están mirando... A él le va a hacer bien sentirte cerca, aunque sean cinco minutos. Además, la mugre de estos tipos no nos tiene por qué salpicar... Tenemos olor a suciedad, pero por dentro estamos bien limpios.

—Tenés razón... No para de llover. ¡Qué ruido hacen esas latas! Creo que ésta ya está llena porque las gotas salpican.

—Me pareció que decían que iban a sacar a los muchachos a bañarlos bajo la lluvia, y con las mangueras...

—Pobrecitos... Y hace frío afuera... Creo que voy a decirles que sí me lo traigan al “Benja”... Le voy a poder contar

que tal vez esté embarazada.

—En una de esas lo traen mañana. ¿no?

Silencio.

—¿Me oíste?

Silencio.

—¿María Elena?

La escuchó carraspear mientras se levantaba y buscaba sus zapatos bajo la cama. Recién entonces reaccionó. Contuvo el aliento y se congeló en su posición. Esperó. Sintió una mano como un gancho sobre el hombro.

—¡Levantate! Ponete las chancletas.

“El Peine” la hizo ir hasta la cocina sin decir palabra. Serían como las once de la noche y La Escuelita estaba en silencio. Atravesaron la reja y la puerta de madera. Cuando llegaron, “el Peine” le dijo al otro: “Desatale las manos”.

Ella preparó todas sus defensas. No se permitió especulaciones sobre lo que le irían a hacer. No se permitió autocompasión... Con el odio que les tenía se hizo una coraza. Esperó.

—Sacate la ropa.

En ropa interior se paró, la cabeza erguida. Esperó.

—Todo, te dije.

El desprecio se sumó al odio mientras se quitaba el resto de la ropa como si ellos no existieran, como si fueran gusanos que podía borrar de su mente con sólo pensar en cosas más agradables, como las gotas de agua cayendo sobre las latas, como la conversación con María Elena. Pensó que la conversación bajo la lluvia había valido la pena a pesar de los golpes que pudiera recibir... o de las humillaciones. Le ataron las manos en la espalda.

Una a una las gotas sobre su cráneo le iban contando una historia ridícula, una historia que le daba risa justamente porque no podía reírse: esos dos verdugos habían estado mirando una enciclopedia. En la página de historia china estaba el dibujo del tormento de la gota de agua; admirados al ver que había torturas que todavía no habían utilizado, quisieron probar cómo era. Tortura china bajo una gotera... El humor negro le agregaba una capa a la coraza, la protección era mayor. Resbalaban las gotas sobre el pelo e iban a embeber la venda sobre los ojos. Resbalaban las amenazas y los insultos sobre la coraza y se hacían pedazos sobre el piso de la cocina.

Pensó en María Elenita. Cuando la conoció tenía sólo quince años. Ella, cinco años mayor y con un bebé en la panza, se había puesto maternal con los adolescentes que compartían las clases de teatro. Todavía dos años después sentía que necesitaba protegerla. María Elena, en aquella época soñaba con tejerle calcetines al bebé e imaginaba dulces nombres para ponerle. Ella no sabía que María Elena era compañera, aunque lo había intuido por la forma en que cuestionaba en las clases, por el tipo de discusiones que fomentaba. La intuición se había convertido en certeza aquella vez que se habían encontrado en la calle por casualidad y las dos habían inventado evidentes excusas para salir corriendo en direcciones opuestas hacia sus respectivas citas de control.

Bajo la gotera pensaba en María Elenita con sus dieciseis años recién estrenados y su vuelo hacia el futuro atrapado en esa jaula de muerte. Una media hora después le desataron las manos.

—¡Vestite!

Se puso la ropa rápidamente como si de pronto hubiera

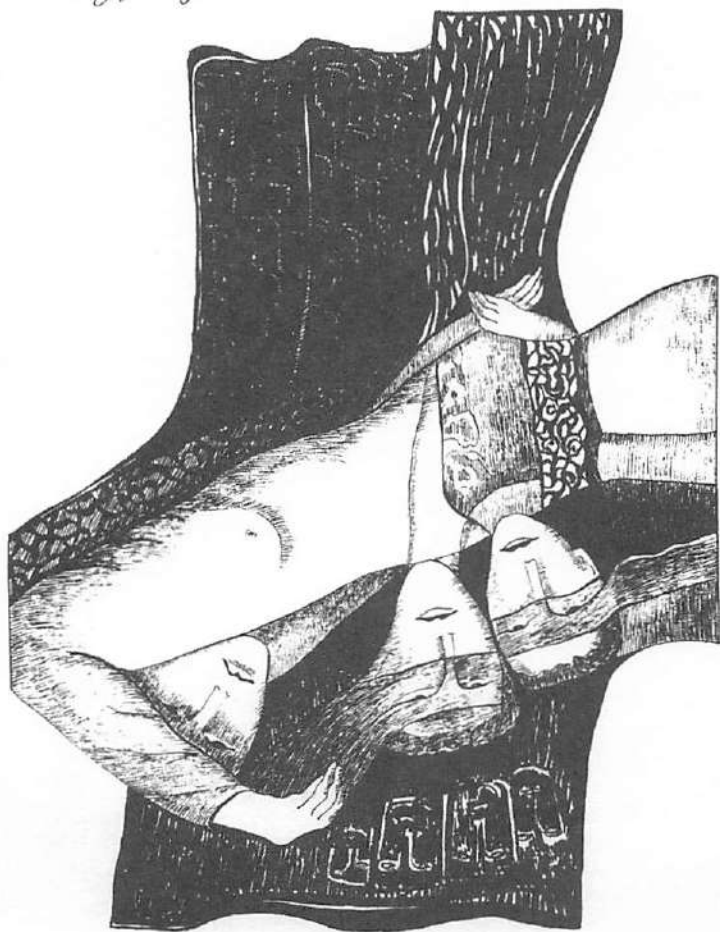
tomado conciencia de su desnudez. En el pasillo que llevaba a la reja "el Peine" le pegó con fuerza varias patadas. Pensó que eran de rabia porque ella no había llorado ni implorado perdón, porque ni siquiera había temblado. Eran patadas de bronca porque, a pesar de los golpes y las prohibiciones, a pesar de la mugre y la tortura, ellas dos habían tenido aquella larga y tibia conversación bajo la lluvia.

V

“Recuerdo haber dicho: ‘Algún día todo esto cambiará’, y no sé si eso era ruego o maldición o las dos cosas...”

Evita

1958
Raquel Fortney



Rompecabezas

Hace rato que estoy tratando de recordar cómo es la cara de Ruth. Me acuerdo de sus ojos grandotes, de su naricita casi inexistente, de la forma exacta de su boca. Recuerdo la textura de su pelo y la temperatura de su piel. Cuando trato de poner todo eso junto, algo falla. No me puedo acordar del rostro de mi hija. Hace dos meses que no la veo. Quiero pensar que está bien. Creo que hoy es el primer día que trato de reconstruir su rostro y ya me empiezo a desesperar.

—¡“Vasca”! ¿Te acordás de la cara de mi nena?—, susurro, aun a riesgo de que la guardia nos pesque.

—¿Cómo?

—Que si te acordás de la cara de mi hija. Yo no puedo...

—¡Claro que me acuerdo! ¡Tan linda!

Doy vueltas en la cama. Tal vez cambiando la posición de la cabeza... pero no. Me acuerdo, sí, de las cosas que hacíamos juntas. Aunque no estoy siempre pensando en ellas. Mas bien he tratado de no recordar mucho... para no llorar. Si lloro me desarmo... pero ahora quiero imaginar su rostro, armar el rompecabezas...

El otro día, después de la lluvia grande, trajeron un cachorrito... me lo dejaron tener un rato en la cucheta. Era juguetón y dulce, como mi nena. Me sentí tan bien esa tarde que me daban ganas de reírme... no las mismas ganas de reírme que me dan cuanto estoy nerviosa o cuando me pongo la caparazón de humor negro. Era una sensación parecida a la felicidad. Mientras acariciaba el cachorrito me acordé de Ruth.

Claro que entonces no me importaba recordar su rostro sino su presencia, ese calorcito cosquilleante dentro de mi sangre.

Tal vez si tratara de armar las escenas en las que estábamos juntas... por ejemplo, aquel día en que veníamos de lo de mis viejos. Yo la llevaba en el cochecito y de pronto la vi que miraba hacia arriba: en el techo de una casa un perro grande se paseaba impaciente. Ella estiró su brazo y apuntó con el dedo: "Miau", dijo. Emocionada y probablemente queriendo premiarme a mí misma por tal demostración de lógica por parte de mi hija, le di un beso. Paré el cochecito, me acerqué a su cara y le di un beso... pero... ¿cómo era su cara? Sólo me acuerdo de su pequeña sonrisa de triunfo.

Se está haciendo de noche. Alguien entró a encender las luces. Dijeron que nos iban a dejar bañar pero parece que tampoco hoy nos toca. La radio está prendida pero no muy fuerte. Esa canción de Roberto Carlos otra vez... cuando llegan las noticias la apagan.

"Ciudadano, si ve núcleos familiares desplazándose a horas extrañas, informe a las autoridades militares. Llame al...", decían por la radio aquel día. Yo escuchaba desde el quinto asiento de un colectivo que a las seis y media de la mañana se dirigía hacia un barrio apartado de la ciudad. Estreché a mi hija y traté de disimular los dos bolsos. Esperaba que el colectivero frenara el vehículo y corriera al teléfono más cercano para alertar a las autoridades. Sólo me miró por el espejito retrovisor. Tuve miedo. Aquella noche habían secuestrado a unos compañeros que sabían nuestra dirección... pero no me acuerdo de la cara de mi hija en aquel momento. Sé que tenía puesto el abrigo rosa y que yo llevaba el bolso rayado, ese que mami usaba para la playa. Podría acordarme con

exactitud de todo lo que había puesto dentro del bolso... pero por más esfuerzos que hago no logro recordar su rostro... Puedo describir sus juguetes, su ropa... Si al menos tuviera una foto... Aunque tal vez así sea mejor... Si mirara su foto seguramente me echaría a llorar... y si lloro me desarmo.

Cepillo de dientes

Hace cinco días “el Vaca”, un guardia gordo, inmenso (no “el Gato-Vaca”, a ese nunca pude espiarlo), vino con un aerosol de insecticida y nos empezó a rociar. Al rato entró otra vez en la pieza y me puso un revólver en la boca.

—Está cargado —dijo—. Tenés miedo, ¿no?

Yo no me movía. Tal vez por eso me pareció más absurdo lo de los cepillos. Es que un momento después apareció de nuevo y nos dio a cada uno un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico.

—De ahora en adelante —anunció solemnemente— se lavarán los dientes una vez al día.

Esperé con impaciencia. Me intrigaba sobre todo la forma que llegaría a tomar la “ceremonia”. Hacía más de una semana que no tocábamos agua. El método de “limpieza de las manos a seco” se había perfeccionado al máximo. Habíamos descubierto que humedeciendo las manos con saliva y frotándolas, al cabo de un rato, la mugre se desprendía en forma de hilitos. Lavarse los dientes sin agua podía llegar a ser una innovación sin precedentes en la historia universal de la higiene.

Inspeccioné el cepillo y el tubo de pasta dental como si fueran elementos de otro planeta. A la noche, después de comer, el guardia pasó con un jarro de agua y una lata donde nos hacía escupir después de enjuagarnos. Para ese entonces yo ya había podido leer la etiqueta del dentífrico: Laboratorio Militar Argentino. A la mañana siguiente nos dejaron so-

lamente los cepillos. Fue la misma mañana en que lavaron el piso y le echaron desodorante con olor a pino. Después vino "La Visita". Vi pasar junto a mi cara las botas militares y las rodillas del uniforme verde oliva. Esa misma noche cambiaron el método de lavado de dientes: después de llevarnos a la letrina nos alinearon de a cuatro en el patio y escupimos en la tierra. Ayer a la noche me desmayé de debilidad mientras esperaba mi turno. Hoy al mediodía nos sacaron los cepillos.

Hace un rato entró "el Vaca" y me puso el revólver en la sien. Sentí el metal frío.

—Está cargado —dijo—. ¿Tenés miedo?—. Todavía me parece absurdo lo de los cepillos de dientes.

Pan

El pan nuestro de cada día,

ayer nos lo quitaste,

dánosle hoy...

Padrenuestro Latinoamericano

Mario Benedetti

Entre tanta incertidumbre el pan es lo único seguro. Quiero decir, además de saber que estamos en la justa, que el habernos jugado toda la sangre contra estos carniceros, es la única opción clara. No sabemos cuándo la tortura, cuándo los gritos, cuándo la muerte, pero sí cuándo el pan. A la hora de las comidas predecimos el ruido de la bolsa que se arrastra, el olor purificándolo todo, la crocante corteza, la caricia de la miga. Lo esperamos para devorarlo con avidez o para atesorarlo con ternura.

Un día recibí dos pancitos de más y una manzana. Guardé

aquella fortuna bajo mi almohada. A cada rato la levantaba para respirar una mezcla de olores vivificantes. Pero eso fue como a los tres meses de estar en La Escuelita, porque al principio, recién llegada, casi no comía. Recibía el pan para dárselo a algún otro cumpa hasta que un día "el Flaco" de la cucheta de arriba me dijo que la terminara, que comiera porque me iba a debilitar. Pero una vez, cuando todavía no estaba tan desesperada de hambre, me fue útil el pan para aquietar la impaciencia de estar tirada en este colchón. Separé veinticinco pedacitos de miga y con ellos hice veinticinco diminutas bolitas. Jugaba, haciéndolas resbalar y cosquillearme las palmas de las manos cuando "el Vaca" pasó por allí y, observando la inusitada actividad, preguntó:

—Y eso ¿qué es?

—Bolitas de miga de pan.

—¿Para qué?

—Para jugar.

Sopesó en silencio, dos minutos, el nivel de peligrosidad de aquel juego y luego proclamó solemnemente: "Está bien". Se fue el guardia, convencido tal vez de que yo estaba un paso más cerca de la locura. Se equivocaba.

El pan es también una forma de comunicación, una manera de decirle al otro: "Aquí estoy. Pienso en vos. Quiero compartir lo único que tengo". A veces resulta fácil pasar el mensaje. Cuando terminan de repartir es la hora de preguntar: "¿Señor, le sobró pan?". A la respuesta negativa del guardia, alguien dice: "Señor, yo tengo de más ¿Puedo pasárselo?". Con un poco de suerte se consigue completar el trámite con éxito. A veces es más difícil, pero cuando el hambre aprieta, el ingenio nos tira una soga. Con la frazada de la cucheta de

arriba se hace una especie de telón de fondo contra la pared y por allí se suben y bajan panes al antojo de estómagos y corazones.

Cuando el tedio se mezcla con el hambre y la ansiedad nos clava cuatro garras en la boca del estómago, comer un pan lentamente, fibra a fibra, es nuestro gran consuelo. Cuando sentís que te va ganando la idea de que estás solo, de que el mundo que buscabas se esfuma, pasarle un pan a un compañero es recordarte a vos mismo que lo valedero sigue allí, firme. Recibir un pan, es como recibir un abrazo.

Un día espí por debajo de la venda a María Elenita. Le hice un poema tonto a mi amiga de dieciséis años que buscaba en silencio el consuelo del pan:

*María Elenita
dulce y chiquita,
sentada en su cama
comiendo un pedazo de pan.
Dos lagrimitas
mojan su rostro
y ellos nunca sabrán
de María Elenita
dulce y chiquita
sentada en su cama
comiendo un pedazo de pan.*

Las historias de los panes se multiplican, los panes no. Un día en que «el Pato» estaba más borracho que una cuba, se me ocurrió pasarle un pan a Hugo en la cucheta de enfrente. “El Pato” se negaba a responder a mi llamado. Decidí realizar la operación por mi cuenta. Llamé a “la Vasca”.

—¿Qué?— susurró.

—¡Mirame!

Me levanté y caminé en puntas de pie los cuatro pasos que me separaban de la cabecera de la cucheta del “Flaco”, le dejé el pan junto a la cara y volví. Era la primera (y fue la última) vez que me levantaba así, de contrabando. De vuelta de la aventura, el corazón me latía a lo loco.

—¿Qué hacés?— dijo “la Vasquita”, entre divertida y escandalizada.

—Si me vio pensará que es parte de su “delírium trémens”.

Y nos reímos, cómplices.

Las migas de pan también tienen su historia. Buscadas a tientas sobre el colchón para ser devoradas, las miguitas más pequeñas suelen escabullirse y al cabo de unos cuantos días nos proveen de una de las notas diferentes, un evento que, si no viene acompañado de los consabidos golpes con la cachiporra de goma, puede considerarse una diversión: la sacudida de las camas. Casi siempre se realiza después de comer porque tenemos las manos desatadas. Primero sacamos las migas del colchón, después sacudimos la frazada y, mientras el polvillo y las migas vuelan por el aire junto a una serie de olores a mugre, movemos frenéticamente los brazos como si pudiéramos, con frazada y todo, levantar vuelo. Estiramos la manta sobre la cama y, siempre a tientas, alisamos sus pliegues y acomodamos la almohada... bajo la almohada, el pan del almuerzo. Es entonces esperar a que nos aten las manos nuevamente y acostarnos a comer despaciosamente el pan, el mismo que nos recuerda que nuestro presente es consecuencia de haber peleado para que ese pan, el pan nuestro de cada día, el que le han estado quitando a nuestro pueblo, le sea provisto

por derecho propio y sin ruegos a Dios de por medio, por los siglos de los siglos. Amén.

La cajita de fósforos

—Alicia... —me llamó “la Vasquita” una mañana en que “el Pato” estaba cambiándole las vendas de los ojos a los cumpas de la otra pieza—.

—Sí...

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vos?

—Bien, ¿y tu diente?

—Descansando...

—¿Cómo descansando?

—Sí, me dieron una cajita para que pase la noche.

—¡Je! ¡Estás hecha!

—Recursos que una tiene...

La cajita de fósforos es mi única posesión. Quiero decir mi única posesión no comestible. A veces tengo un pedazo de pan y un día hasta tuve una manzana. Ahora guardo la caja bajo la almohada. A cada rato la toco para asegurarme de que sigue allí. Es que adentro de la cajita de fósforos hay un pedazo mío: un diente.

El golpe contra la reja del pasillo no me dolió tanto, aunque sí me hizo sangrar el labio.

—Le va a durar unos veinte años—, me había dicho el dentista cuando me lo puso. De eso hace seis años. En realidad el diente que se me rompió el otro día cuando venía del baño y me empujaron contra la reja del pasillo no era mío. De acrílico y con una especie de tornillo metálico, estaba perfectamente ajustado, fijo. Mi mamá lloró cuando el diente

original se me rompió. Se encerró en el baño a llorar. Fue en un parque de diversiones. Yo tenía doce años. No me lo arreglaron hasta que cumplí los quince. Entonces, junto con aquella maravilla de acrílico que cerraba la ventana desvergonzada de mi boca, llegó mi primer novio: Roberto. En esa época de dentadura completa empecé a sentir que era lícito coquetear, querer ser linda. Ahora la maravilla de acrílico duerme dentro de esta cajita de fósforos Ranchera y yo siento que en tanto mis ojos estén tapados, al menos tengo derecho a una boca con todos sus dientes.

¿Estar linda para los ojos de los guardias, de los torturadores? Ojalá que lo que me importe sea en realidad estar entera... mientras, siento que me destruyen... estar entera es conservar mi diente, en la boca o en la cajita de fósforos, mi única propiedad. El colchón me lo pueden sacar si me encuentran hablando, como le hicieron a María Angélica la otra noche. También pueden retirarme la frazada... pero el diente... es un pedazo mío. Creo que si se dieran cuenta de que me importa tanto se lo llevarían.

—No sirve tu receta—, le alcancé a decir a María Elena el otro día. Su solución era ingeniosa pero no resultó. Me había dicho que pusiera un poco de miga de pan en el hueco del diente y que tratara de enganchar allí la punta metálica. Probé varias veces pero la miga no retenía el metal. Al día siguiente y después de darle muchas vueltas al asunto, se me ocurrió la otra variante. Yo había conseguido que me dieran un pedazo de gasa usada, de los vendajes de los ojos, para sujetarme el pantalón. Saqué un hilo de la venda y lo enrollé alrededor de la punta metálica hasta cubrirla por completo. Comprobé con alivio que el diente quedaba enganchado.

Cuando me lo saqué, después de varias horas, el hilo olía a podrido. Descubrí que podía evitar el olor si me lo sacaba para comer y además le cambiaba el hilo varias veces por día. Agregué así una actividad a la reducida lista de ocupaciones para combatir el tedio.

Gracias al diente tengo algo más en qué pensar: tengo que acordarme de sacarlo cuando están golpeándonos, no sea cosa que se me salte. Afortunadamente no lo tenía puesto el día en que "el Bruja" me pegó en la cabeza con la pava de cinco litros. Era la hora de comer y él decía que yo estaba volcando la sopa. No era cierto porque ese día yo tenía un agujerito debajo de la venda por donde veía lo que comía. La vez que me desmayé en el patio, al lado de la letrina, alcancé a sacarme el diente al primer síntoma de mareo. Por suerte, porque cuando volví en mí "el Chiche" me estaba dando bofetadas. Decía que eran para que reaccionara.

Siempre me daba miedo de que el diente se me cayera del bolsillo, así que ayer, cuando conseguí que uno de los guardias me diera la cajita de fósforos, me sentí más tranquila. Ahora, mientras la tengo en la mano, espío las letras rojas inconfundibles sobre el fondo azul, Ranchera. La aspereza del borde donde se raspan los fósforos me cosquillea los dedos. El olor a fósforo me reanima. "El Pato" entra en la pieza.

—¿Qué tenés en la mano?— me pregunta.

—Una cajita de fósforos.

—Dame, ¿está llena?

Su voz refleja un poco de tensión. Yo me siento satisfecha. Que esto lo ponga nervioso es un triunfo tan pequeño que cabría en la cajita, pero triunfo al fin. Estiro el brazo y él agarra la caja.

—¿Para qué la querés?—, interroga, ya más aliviado al comprobar que está vacía.

—Para guardar mi diente, así no se me pierde.

Entonces me la devuelve. “El Pato” grita: “¡Sentarse!”. Mientras nos desata las manos porque ya viene el almuerzo, guardo el diente. Acabo de darme cuenta de que la caja de fósforos Ranchera también me va a traer problemas. En cualquier momento alguno de los guardias decide que la pequeña caja azul es un objeto peligroso entre mis dedos. Por ahora, es mi única posesión.

VI

Dice Eduardo, que en la pared de la celda de la comisaría donde lo torturaron cuando lo detuvieron, alguien había escrito:
*"Fuerza, fuerza, compañero:
un día más es un día menos."*

85
Ragwort, Farnley



El Sapito Glo-glo-glo

Nadie sabe dónde vive/ nadie en la casa lo vio,/ pero todos escuchamos/ al sapito Glo-glo-glo... Hija, me duele la lengua y no puedo decir "glo-glo-glo". Vos igual no podés oírme. Te calmaba este versito cuando llorabas, te podías dormir escuchándolo. Yo hace un día que lo repito y no puedo dormir... Glo-glo-glo se oye en la azotea.../ Glo-glo-glo... Ya no te voy a ver... Los electrodos en los testículos... Acorralado... como el Sapito... pero todos escuchamos... Que me llevaran les dije, que yo lo iba a señalar cuando viniera a la cita... Cuando lo vi me hice el tonto... Después otra vez la picana, los golpes... más fuertes... Pero mi nena... Glo-glo-glo, chiquita, ¿dónde estás? El Sapito te busca...

—¿Dónde está?

—Yo no sé dónde está...—. La trompada en el estómago y otra vez la "parrilla". Basta... por favor. Como un animal acorralado... Todos escuchamos/ al Sapito Glo-glo-glo. No puedo darme vuelta... los riñones destrozados... hoy oriné sangre... Nadie en la casa lo vio... Glo-glo-glo... El sapito Glo-glo-glo... Si fuera un sapito... me estoy por volver loco... Tengo olor a animal enjaulado... Nadie sabe dónde vive... nadie sabe... pero no me duermo... Me gusta oírte decir Glo-glo-glo, hijita... otra vez... Si me duermo no me va a doler nada por un rato... Pero cuando vuelvan a buscarme... Para matarme esta vez... Tengo miedo... pero nadie sabe dónde vive... si supiera tal vez no me pegarían más... Tranquilo... al Sapito no lo dejan tranquilo porque nadie sabe dónde está.

Glo-glo-glo... se escucha en la azotea... No, que no vengan... Yo no soy un animal... No me hagan creer que soy un animal... Pero ese grito no es mío... es de un animal... Dejen mi cuerpo en paz... Yo soy el sapito para que mi nena juegue... Glo-glo-glo... chiquita... en la azotea... Nadie... nadie... Sed... Señor... Agua por favor...

—Vos sabés que no podés tomar agua. Si tomás te morís, boludo. Y encima te cuidamos, hijo de puta.

Ya creo que pasó un día entero... Te voy a decir el versito otra vez, hija, el del sapito Glo-glo-glo... Pronto vas a tener dos años y lo vas a aprender todo... Todos escuchamos/ cuando llueve, Glo-glo-glo, pero te calmaba este versito cuando llovías... Yo hace un día que lo repito y no puedo dormir... Tengo olor a animal enjaulado... Nadie sabe dónde vive... nadie sabe... Pero no me duermo... si me durmiera no me dolería nada por un rato... Pero cuando vuelvan a buscarme... para matarme esta vez... no, que no vengan... Yo no soy un animal... no me hagan creer que soy un animal... pero ese grito no es mío, es de un animal... dejen mi cuerpo en paz... Yo soy el sapito para que mi hijita juegue. Pronto vas a tener dos años y lo vas a aprender todo. Glo-glo-glo/ Todos escuchamos/ cuando llueve, Glo-glo-glo...

Fórmula de tratamiento

—Después de ésta yo no le digo “Señor” ni a Dios—, dijo “la Vasquita” Zulma una mañana. Se podía hablar un poco porque estaba “el Chamamé” de guardia. María Elena soltó una risita y hasta me pareció oír al “Batata” sonreírse en la cucheta de al lado.

—Señor, —llamó “la Vasca”, y todos contuvimos la risa—. ¿Puede cambiarme la venda por favor?

La noche en que me trajeron a La Escuelita oí por primera vez la palabra. Digo por primera vez porque no puede ser la misma que yo conocía. Quiero decir, no es la misma de: “Señor, ¿me puede decir la hora por favor?” o “Señor Pérez, ¿puede esperar un momentito? El Señor García lo atenderá en unos minutos”. No es tampoco la de “El Señor Gonzalo Martínez y Sra. tienen el agrado de invitar...” y mucho menos la de “Señor, ten piedad de nosotros...”.

—Señor—, llamó una tarde entera sin respuesta el Hugo, mientras se retorció de la descompostura provocada por una sobredosis de sal inglesa... y era como si sus tripas llamaran.

—Señor..., —escuché que decía la gorda Eli en la otra pieza... y se me paralizó la sangre... No sabía que ella también estaba allí.

El primer “Señor” se me atragantó en la garganta y lo tuve que escupir. Fue la misma noche en que llegué y llamaba al guardia porque necesitaba ir al baño. “El Vieja”, que parecía estar de buen humor, me explicó que al baño se iba a la mañana y que, si quería, me traía una lata “para miar”, como la

que usaban los muchachos. Con los ojos vendados y en el medio de la pieza oía el chorro casi musical sobre el aluminio. Se escuchaba al "Vieja" dándole latigazos a alguien en la otra habitación.

—Señor—, llamé. Recogió la lata.

—Caminá tres pasos derecho—, ordenó. —Ahí está tu cama—. Oí que se alejaba a las zancadas mientras decía: "Aquí ninguno los trata mejor que yo".

Unos días después llamé "señor", para pedir agua. El guardia se sentó en el borde de mi cama y me puso un cuchillo en el cuello para obligarme a besarlo. Entonces, el jefe de turno golpeó la reja y el "Señor" fue a abrir.

—Señor, su abuela—, susurró el otro día "la Vasquita". Después de dos semanas yo ya podía adivinar su estado de ánimo por el tono en que decía "Señor" cada mañana.

—Señor—, llamábamos una tarde, convencidos de que el guardia estaba adentro y quería sorprendernos hablando. Al minuto siguiente sonó un tiro al pie de mi cucheta y descubrí, atónita, que la bala no había ido a dar a mi cuerpo. Gran revuelo y el "señor" se fue a explicarle a sus superiores cómo se le había escapado el tiro.

—Señor... —, se oyó la voz ahogada de María Elenita desde abajo de la frazada. Era una de las tardes más calurosas del verano y al "Bruja" se le había ocurrido que teníamos que estar boca abajo y tapados hasta la cabeza. La guardia había cambiado sin que nos hubiéramos dado cuenta. "El Peine" se mostró demasiado sorprendido por la disposición y nos dejó respirar después de tres horas de asfixia.

—¡Señor!—, llamaba con desesperación el otro día un compañero recién llegado. Quería que le cambiaran la venda

que estaba muy floja, antes de que el guardia lo descubriera y lo acusara de no haber avisado. Vino el "señor" y lo molió a palos.

A todo esto, el Excelentísimo "Señor" Presidente de la Nación es el teniente general Jorge Rafael Videla.

VII

*Maldigo la poesia
de quien no toma partido...*

Gabriel Celaya

"La poesia es un arma cargada de futuro"

Poesía

La habitación de los presos. Mediodía

Los cumpas nuevos están tirados en el suelo. Los trajeron ayer y no parecen estar muy golpeados todavía. "Chamamé" nos dejó hablar toda la mañana. Cuenta "Chamamé" que lo quieren joder porque es muy suave con nosotros. Dice que él fue quien le dejó escribir la carta a Graciela, la hermana de «la Vasca», que él mismo la tiró en un buzón.

—A ver, recitate algo... —, desde el piso, al lado de mi cucheta, me llega el susurro.

"Alicita escribe versos, Daniel los ilustra", decía orgullosa mi mamá. Yo tenía nueve años entonces. El otro día pensé escribirle un poema a esa enredadera que se abraza a la reja de hierro forjado. Es un cuadro triangular, encerrado en el espacio entre la venda y mi nariz. Cuando era chica le escribía a las plantas y a los pájaros. A eso de los doce o trece años les empecé a escribir a las angustias. Ahora ni eso puedo hacer. Me consuelo pensando que es porque no tengo lápiz ni papel. En realidad es esa especie de anestesia que siento adentro. Con la carne de la poesía anestesiada no se puede construir versos...

Compañero

*ojos de azúcar quemada,
piel tibia en las madrugadas,
decirte cuánto te quiero.*

Compañero

*juntos buscamos un puerto
juntos sembramos un huerto
sol a sol, enero a enero.*

*Y espero
juntos encontrar el puerto
juntos cosechar el huerto
decirte cuánto te quiero.*

“Chamamé” da una vuelta por la pieza. Nos recomienda que hablemos más despacio para que no se oiga desde el pasillo. Soplo los versos y van cayendo al piso:

*Cansadas sus plantas de gastar camino
dejando en las piedras pedazos de piel
descalzo de sueños, casi sin destino,
con las uñas llenas de tierra de ayer,
se detuvo el viejo peregrino
cuando sintió a la Muerte venir,
mojando la pluma en el agua del pozo
algunas palabras alcanzó a escribir.
Tenía la Muerte la carroza llena,
mas dobló los versos y se los llevó.
Lanzó el viejo, entonces, un grito de pena,
de sufrimiento, de sangre y dolor:
“Muerte, tú ya tienes la carroza llena,
déjame el poema, si no puedo ir yo”.*

—No sabía que hacías poemas—, me susurra “la Vasca”. Sentimos el ruido del motor de la camioneta y nos quedamos duros por unos minutos. El motor se aleja, deben ir a

buscar la comida al Comando.

—Che “Vasca” ¿querés oír lo que escribí cuando entubaron el arroyo Napostá?

—A ver...

*—Nos mataron el arroyo,
nos lo arrancaron de cuajo,
queda solamente un hoyo
medio tierra y medio barro.*

*Acribillaron los árboles,
al verdor lo asesinaron,
corre sólo un hilo de agua
por el canal desolado.*

*Las selvas están de luto,
se murió su medio hermano,
murió por ser demasiada
luz y demasiado canto.*

Sala de Tortura. Mediodía

—¿Nos vas a decir a quién le escribió esto tu mujer?

—Con los ojos infectados por la venda trata de leer en el viejo cuaderno que todavía conserva el olor de su casa.

—Al arroyo— dice, y le duelen las lastimaduras en la lengua.

—No macanéés.

—Sí señor, al arroyo...

—No sigas mintiendo porque te vamos a dar máquina.

—Si no le miento señor—, le escribió al arroyo, cuando lo entubaron.

—Bolazos, esto fue escrito para algún asqueroso subversivo. Preparen la picana.

Habitación de los presos. Una de la tarde

—A mí también me dio rabia cuando entubaron el arroyo. ¡Las veces que habré hecho el amor bajo esos árboles!, dice el cumpa nuevo, el que está tirado al lado de mi cucheta. Entonces se oye que abren la reja. Después, el ruido metálico de la olla del almuerzo que alguien arrastra hacia la otra habitación. Mientras tanto “el Zorzal” entra a desatarnos las manos para comer. Descubre que el otro compañero nuevo que está en el piso tiene la venda floja y le da una trompada. Cuando escucho el quejido ahogado me siento culpable. En vez de tanto recitar mis versos, debiera haber aprovechado el tiempo, debiera haberles advertido a los presos recién llegados que, en La Escuelita, se nos golpea por tener la venda de los ojos floja.

VIII

“Si no vuelvo a verla, dale un beso de mi parte a la gordita. Hacé de ella una nena feliz, que sea fuerte pero al mismo tiempo sensible, que sepa darse a los demás.”

Zulma Izurieta. 12 de abril de 1977, noche en que se la llevaron de La Escuelita.

La campera de jean

Cuando me puse la campera de jean, anteayer a la noche, me sentí más protegida. No sé, fue como cuando era chiquita y me acurrucaba en los brazos de mami. Esa sensación. Nunca me había sentido tan a salvo desde que me agarraron los milicos. Temblaba de bronca e impotencia porque se los habían llevado al "Benja" y a María Elenita, a "Braco" y a "la Vasca". Para matarlos, estaba segura. Sentía hasta los huesos congelados anteayer a la noche, doce de abril. Hoy es catorce y la campera de jean sigue siendo tan mágica. Más tarde les cuento por qué. Tal vez no tenga sentido creer en la magia después de que a "la Vasquita", que era la que usaba la campera, se la hayan llevado.

La campera es gruesa y tiene bolsillos a los costados; no puedo meter las dos manos en ellos al mismo tiempo porque las tengo atadas adelante. Anteayer a la noche, decía, pedí una frazada y me trajeron la campera. La reconocí enseñuida. Me la puse y suspiré hondo. El peso sobre el pecho se rompió en mil pedacitos que todavía hoy me circulan por la sangre: mil gotas de amargura. La reconocí enseñuida. Mientras tocaba la tela dura y los botones fríos, metálicos, me acordaba de cuando espiaba a "la Vasca" por debajo de la venda. Volví a llorar. Eso fue anteayer a la noche, después de que se la llevaran para matarla, me habían dicho. Anteayer era doce de abril. Maldormí la noche.

A la mañana temprano, lo trajeron a la pieza. Lo esposaron a la cucheta de al lado. Él es mi marido y desde que nos

agarraron los milicos nunca nos habían puesto en la misma pieza. Nos detuvieron el doce de enero. Hoy hace tres meses y dos días. Pero no es por eso que decía lo de la magia de la campera, es más una sensación de amparo, no por el hecho de que pasen cosas.

Bueno, resulta que ayer nos controlaron muchísimo para que no pudiéramos hablar. Nos hacían trampas para «pescarnos». Los guardias hacían ruidos de candados para simular que salían, pero se quedaban adentro porque al rato olía el humo de los cigarrillos que fumaban en el hall. Por eso ayer no cruzamos una palabra en todo el día. Lo espí por debajo de la venda, estaba en la que era la cucheta de Graciela. Graciela está afuera en la casilla rodante, hasta que nazca el hijo. Decía que lo espí ayer durante todo el día: la remera azul mugrienta, el brazo que se continuaba en las esposas, enganchadas a la cama, el pelo larguísimo, la venda blanca sobre los ojos. Hice crujir los huesos de los dedos y me respondió. Entraban los guardias a hacer bromas, se divertían.

—Miralos, están de luna de miel —, le decía «el Peine» al «Bruja».

—Si la agarrás a ésta, no le dejás un hueso sano, ¿eh?

Yo acariciaba la campera de jean y sentía la magia de su protección. Al rato cayó «el Chiche», el jefe de guardia. Se sentía magnánimo por venir a hablar con los prisioneros. Su acento porteño, más «sobrador» que nunca. También estaba intrigado: «¿De dónde estás tan segura de que la mataron?», me preguntó. Yo me había encargado desde la noche anterior de decirles a todos los guardias que a «la Vasquita» la iban a matar. Esa mañana me habían llevado a interrogarme sobre eso.

—Bueno —, me habían advertido, —no vuelvas a repetirlo.

—¿Y a dónde la llevaron?—, le respondí con una pregunta. Recordé en ese instante el tono exacto de la voz del guardia que me había dicho: —Miré las carpetas, a vos te llevan a la cárcel, a ella la matan—. Pero ayer no lloraba.

“El Chiche” se apoyó sobre el travesaño de la cucheta de arriba de la de mi marido.

—Y a ustedes dos—dijo— ¿cómo se les ocurrió hacerse subversivos?

Mi marido le contestó algo así como que en la universidad uno se mete en política.

—Yo también fui a la universidad, y sin embargo...

—Te hiciste facho— le dije. Creo que la campera me contagiaba parte de la valentía de “la Vasquita”.

—¿Cómo?—, preguntó incrédulo.

—Que te hiciste facho— dije. Esperé el golpe pero no llegó. En cambio soltó una risita sarcástica. Salió de la pieza. Eso fue ayer, trece de abril.

Hoy estuve toda la mañana a la expectativa de un minuto para charlar. Daba la impresión de que la guardia se había relajado, quedamos sólo tres o cuatro aquí adentro, quién sabe cuántos más en las casillas rodantes. Después de comer el guardia salió, oí la reja y lo escuché hablar en el pasillo de afuera. Esperé un buen rato. No había duda.

—Podemos hablar— susurré.

—Parece...

—Hace rato que salió.

—¿A la nena la llevaron con vos?

—No, quedó en casa, llorando... Yo grité para que los vecinos supieran... No sé qué habrá pasado...

—¿Fueron a lo de mis viejos?

—No sé... vinieron a casa y después a tu trabajo. ¿No oíste que te grité que te escaparás?

—No... yo estaba atrás; cuando me quise acordar los tenía encima, armados hasta los dientes.

—¿Tampoco me oíste cuando te grité en el Comando de Ejército?

—No...

—Yo estaba en una pieza enfrente del baño, escuché cuando te llevaban...

Algo más hablamos en ese ratito, ahora no me acuerdo de todo, pero en un momento, él me dijo que habían estado ricas las albóndigas aquel mediodía. ¡Las albóndigas! Nuestra última comida en libertad, sin los ojos vendados... sin golpes... De pronto oímos los pasos adentro ¿Cuándo habrían entrado? Ya estaban en la pieza.

—¿Estaban hablando?

—No señor.

—¡Estaban hablando!—, gritó “el Peine”. Y lo sacaron a mi marido de la pieza. Escuché que le pegaban. Después vino y empezó a golpearme con la cachiporra de goma. Entonces pasó lo que les decía de la magia de la campera: los golpes casi no me dolían. Sí, ya sé que el jean es grueso, pero no es eso solo... no sé... pienso... es como si de alguna forma la campera me contagiara un poco de la valentía de “la Vasquita”.

Sesión de belleza

Si las cuentas no me fallan hoy es veinticuatro de abril. Febrero es el que me hace dudar, porque no sé si este año fue bisiesto. Entonces haría ciento cuatro días que estoy aquí.

—Bañate y afeitete las piernas—, dijo “el Chiche”, el jefe de turno.

Ahora estoy en el baño para mi “sesión de belleza”. Afeitarme las piernas ¿para qué? El verdugo ya se fue. Cruzo las piernas como para un aviso de televisión: “El mejor salón de belleza, el método depilatorio más efectivo en La Escuelita. Precios convenientes y la exclusiva atención de Chiche”. “¿Cadáveres presentables? ¿Atención inmejorable? ¡La Escuelita! En inmediaciones del Comando del Quinto Cuerpo de Ejército, la espera”. Estoy de buen humor, es decir estoy de humor negro. Empiezo a pasarme la maquinita. Entre los pelos y los huesos, casi no hay carne, los muslos y las pantorrillas del mismo grosor. En la pierna izquierda, arriba, la cicatriz de la lastimadura de cuando salté el tapial para escaparme, todavía me pica. De no caminar tengo los pies suaves como los de un bebé.

Al lado, en la cocina, se oye el televisor. La hoja de afeitar dibuja caminitos en mi pierna derecha. Absurdo sobre absurdo. No, mejor no me hago ilusiones, pero... ¿me soltarán? A “la Vasquita” también le hicieron depilarse las piernas antes de llevarla. Entonces hay que correr. Correr por las calles de Bahía Blanca, descalza, porque las chancletas con una sola flor no están ya para esos troles; descalza, pero eso sí, con las

piernas afeitadas.

—¿Terminaste?—, grita “el Chiche”.

—Sí señor—, y abro la canilla de la ducha. Hoy no se asoma nadie a mirar. Bajo el agua revivo ¿Quién me guardará en su casa? Porque estos tipos son capaces de largarme en la calle y tener todo arreglado para que otros vengan a reventarme. Cuando me trajeron me querían hacer creer que los militares me habían dejado en la calle y que ellos me habían agarrado. “Tendré los ojos vendados pero no soy imbécil”, pensé.

¿Cuándo? Seguro que me van a llevar pronto, si no me van a crecer de nuevo los pelos. Sonríe y cierro la canilla. Desde el espejo me miran mis ojos. Ojos humanos. Me parece que hace años que no veo ojos humanos. Se pierden en la profundidad del vidrio. El alivio de estar sin la venda... Mis pupilas respiran, me piden cielo para acariciar ¿Quién sabe! Algún día... sobre la pared, al lado del espejo, está el cartel: el dibujo de un muchacho con los ojos vendados. Sale de su cabeza una mezcla de palabras y signos de interrogación: subversión, bombas, Montoneros, ERP, atentados, drogas. Al pie se puede leer: “Joven, no dejes que las malas amistades te confundan. Te arrepentirás”. Absurdo sobre absurdo. Consejos... Mirá vos quiénes nos dan consejos.

Me estoy poniendo la remera bordó y en eso entra un guardia. Viene encapuchado, a éste no le conozco la voz. Están llegando tipos nuevos. Ojalá me lleven pronto... es demasiado esfuerzo identificar a cada uno si los llegan a cambiar a todos... las voces, los hábitos, las locuras particulares. Me ata la venda medio floja. Ahora me ata las manos y salgo del baño. Puerta, pasillo, reja...

—Señor, ¿puedo quedarme sentada hasta que se me seque el pelo?

—¡No!

Cuelgo la bombacha lavada en el respaldar de la cama y me acuesto ¿Quién me guardará en la casa? La gente está con miedo y yo parezco un fantasma. Aunque tenga las piernas depiladas.

Afuera es noche y abril.

*Pelean dos sombras bravas:
Vida con fuerza de parto,
Muerte con grito de balas.
Dos sombras descomunales
Se enfrentan en tus entrañas.
Vida es el niño pujando,
Muerte el miedo que se ensaña.
¿Crees que puedan las dos sombras
Ganar, ambas, la batalla?
¡Pueden! Responden los ecos
De los fusiles que aguardan
Para destrozar el vientre.
Después que la vida salga.
Afuera es noche y abril.
Pelean dos sombras bravas.*

Natividad

—Señor, ¿cuándo viene el médico?

Las contracciones ya son muy seguidas. El niño quiere salir... ¿Qué me harán cuando nazca? Me dijeron que van a llevarme a la cárcel, que voy a poder cuidarlo. Tengo miedo.

—No se preocupe comadre, todo va a salir bien.

¡Que no me preocupe en las manos de ustedes! Hoy estuve sentada en el patio, había sol. Con los ojos sin venda mirando el portón. Allí afuera, a veinte metros, la libertad. ¿Cómo será ser libre? Ya ni me acuerdo. Y el médico que no viene... El sol, los árboles, todo parecía bueno en el patio esta mañana... Por un segundo creí que estaba del otro lado... Las contracciones son bien fuertes... Ya está por nacer...

Otra vez problemas. Primero se terminó el vino, después esto. Y ya deben ser como las once de la noche. Pusieron agua a hervir, ahora habrá que lavar esa fuente grande, la de la ensalada, y algunas otras ollas para hervir más agua. Ya la fueron a buscar para que lave, así que mejor me voy poniendo la capucha. El otro día entré en la cocina y no sabía que ella estaba allí, entonces me vio la cara. No me gusta ni medio que me haya visto. No sé si esta tipa se va a salvar o no. Después de eso le dije:

—Si me encontrás en la calle cuando salgas, seguro que me pegás un tiro.

—No —me contestó—, te invito a tomar un café—. Y se rió. A éstos yo no le creo. Ahora encima me duele la cabeza, me parece que me pasé otra vez con el vino ¡También! Hacía como

dos días que me estaba cuidando, por eso de la visita del jefe.

—*No está.*

—*¿Cómo que no está?*

—*No está. Fuimos a buscarlo y no está.*

—*¿Y ahora?*

—*¡Qué se yo! ¿Vos sabés algo de partos?*

—*No, pero "el Zorzal" sí, dice que ha ayudado en partos de animales, en el campo.*

—*Bueno, que se prepare.*

—*Sí, Jefe.*

—*¿Y el médico?*

—*Parece que va a llegar tarde, pero yo entiendo de estas cosas, no te hagás problema...*

¡Dios mío! Empuja para salir... Que no me lo quiten... Si pudiera retenerlo adentro... Ahora tengo que hacer fuerza, si no me duele más... Si nos salváramos hijo... Si nos salváramos...

Un llanto nuevo se abre paso entre las sombras que pelean sobre el techo de la casilla rodante. Graciela acaba de parir. Un niño ha nacido prisionero. Mientras las manos de los verdugos lo reciben en el mundo, la sombra de la vida se retira, triunfadora a medias, derrotada a medias. Sobre los hombros lleva un poncho de injusticia ¿Cuántos niños por día nacen prisioneros en

La Escuelita?...

Anexo 1

Fragmentos del testimonio de Alicia Partnoy sobre "La Escuelita" de Bahía Blanca.

Versión corregida en 1985, agregando información consistente en apellidos, edades, fechas exactas de detención y detalles de aquellos detenidos con los cuales ella no estuvo en La Escuelita. Estas aclaraciones fueron posibles gracias al extraordinario trabajo de investigación de Ernesto Malicia y la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Bahía Blanca.

Los todavía desaparecidos y los asesinados

El caso de Graciela Alicia Romero de Metz, Raúl Eugenio Metz y el bebé Metz, nacido en cautiverio:

Detenidos en Cutral-Có (Neuquén) el 16 de diciembre de 1976, a los 24 años, Graciela y Raúl eran padres de una niña de dos años. Individuos fuertemente armados irrumpieron en su domicilio, secuestrando a la pareja. La niña quedó a cargo de los vecinos quienes la reintegraron a la familia. Graciela estaba embarazada de 5 meses. Durante su traslado a Neuquén fue torturada en el vientre con picana eléctrica y golpeada brutalmente. Luego ambos fueron trasladados a La Escuelita en donde se encontraban en el momento de mi llegada (12 de enero). Raúl era obligado a estar permanentemente acostado en el piso, con los brazos atados

a la espalda. Hacia fines de enero fue trasladado de allí. Graciela permaneció en La Escuelita, acostada, con los ojos vendados y maniatada como el resto de los prisioneros. Durante el último mes de su embarazo se le permitía "caminar". Esas caminatas consistían en vueltas alrededor de una mesa, con los ojos vendados. Unos días antes del parto la llevaron a una casilla rodante en el patio. El 17 de abril de 1977 dio a luz un varón. El 23 de abril fue sacada de La Escuelita y no supe más de ella. Según los guardias su hijo fue entregado a uno de los interrogadores. El caso Metz ha sido adoptado por Amnistía Internacional.

El caso de Zulma Aracelli Izurieta "Vasca" y su compañero César Antonio Giordano "Braco"

Zulma (24 años) y César (18 años), fueron detenidos en Córdoba a principios de diciembre de 1976. Estuvieron en el campo de concentración La Perla desde donde los trasladaron en avión militar a Bahía Blanca. El 12 de abril de 1977, los hicieron bañarse y ponerse las ropas con las que los habían detenido. Les inyectaron un anestésico fuerte, los envolvieron en frazadas y los llevaron a una casa en un pueblo cercano a Bahía Blanca. Allí los asesinaron simulando un enfrentamiento con el ejército.

El caso de María Elena Romero y su compañero Gustavo Marcelo Yoti "Benja". Asesinados en el mismo lugar, junto a Izurieta y Giordano, estos jóvenes de 16 y 17 años habían sido detenidos el 6 de febrero de 1977. Personal fuertemente armado y vestido de civil los secuestró de su domicilio y los trasladó a La Escuelita. María Elena era hermana de Graciela

Romero. También fueron anestesiados antes del traslado que acabó con su asesinato por las fuerzas militares.

El caso de Nancy Cereijo, Stella María Iannarelli, Carlos María Illaqua "Batata" y Hugo Loufall:

Estas dos parejas de adolescentes fueron detenidas el 7 de febrero de 1977. A Carlos le dislocaron un brazo en la tortura y Hugo también fue brutalmente torturado. El 13 de abril de 1977 todos ellos fueron trasladados de La Escuelita. Nunca más supe de ellos.

El caso de María Angélica Ferrari:

Detenida por el ejército en octubre de 1976 en la localidad de Ingeniero White, cercana a Bahía Blanca; María Angélica, de 26 años, fue trasladada de La Escuelita junto al grupo antes mencionado. Desde entonces sigue desaparecida.

El caso de Elizabeth Freres:

Detenida por el ejército en octubre de 1976, soltera, de 24 años. Elizabeth también fue trasladada con el grupo del 13 de abril. Alrededor del 16 de abril los guardias estaban escuchando un noticiero radial, de pronto se oyó la mención de un "enfrentamiento" en la ciudad de La Plata, alcanzamos a oír el nombre de Elizabeth antes de que los guardias se precipitaran a apagar la radio.

El caso de Graciela Izurieta, su compañero Alberto Ricardo Garralda y José Luis Peralta:

Graciela, hermana de Zulma, tenía 26 años en el momento de su arresto. Secuestrada a mediados de octubre de 1976

de su casa, embarazada de 3 meses. Sometida a graves torturas, fue sacada de La Escuelita en diciembre, antes de mi llegada. Nunca se volvió a saber de ella. Alberto, detenido en las mismas circunstancias apareció en los diarios como muerto en un simulacro de enfrentamiento en el que el ejército también asesinó a otro desaparecido, el joven José Luis Peralta.

El caso de María Eugenia González de Junquera y Néstor Junquera:

El matrimonio González-Junquera fue detenido en su domicilio por individuos fuertemente armados el 13 de noviembre de 1976. Padres de dos niños pequeños, Néstor tenía 25 años y María Eugenia "Mary", 22. María Eugenia convalecía después de un aborto y según testigos la tortura la puso bajo peligro de muerte. Fueron sacados de La Escuelita a mediados de diciembre de 1976 y nunca se volvió a saber de ellos.

El caso de Juan Carlos Castillo y Juan Pablo Fornazari:

Detenidos por la policía caminera a fines de junio de 1976, mientras viajaban hacia Bahía Blanca estos hombres jóvenes fueron trasladados a La Escuelita donde se los torturó salvajemente. Fueron asesinados en un simulacro de enfrentamiento el 4 de septiembre de 1976.

El caso de Manuel Tarchitzky y Zulma Matzkin:

Detenidos en diferentes oportunidades: Zulma 10/76; Manuel 11/76. Fueron asesinados en el mismo simulacro de enfrentamiento en que mataron a Castilla y Fornazari.

El caso de Horacio Russin:

Detenido en su domicilio el 12 de octubre de 1976, a los 25 años, Horacio es padre de un niño. Según testigos estuvo en La Escuelita y también en instalaciones de la marina. Continúa desaparecido.

Otros desaparecidos que no pude identificar: 2 parejas jóvenes, un conscripto, un joven gravemente herido.

Los sobrevivientes

Los estudiantes secundarios:

Cuando llegué a La Escuelita había allí alrededor de una docena de jóvenes de aproximadamente 17 años, todos alumnos de la Escuela Nacional de Educación Técnica N°1 de Bahía Blanca. Habían sido secuestrados de sus respectivos domicilios en la segunda quincena de diciembre de 1976. Después de un promedio de un mes de detención en el que fueron torturados, el ejército los puso en libertad.

Eduardo Medina Fresco "Patichoti":

Detenido en Mar del Plata, a principios de enero de 1977, fue torturado y trasladado a La Escuelita. De allí fue enviado a la cárcel y varios años después puesto en libertad.

Carlos Samuel Sanabria y Alicia Mabel Partnoy:

Detenidos por el ejército el 12 de enero de 1977. Luego

de 105 días en La Escuelita se nos mantuvo desaparecidos dos meses más. Nos trasladaron después a diferentes cárceles. Durante dos años y medio se nos mantuvo presos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. En diciembre de 1979 fuimos expulsados del país junto a nuestra hija de entonces 4 años.

Anexo 2

Personal represivo

A pesar de que se ha identificado con nombre y apellido a algunos de los responsables, conservo esta versión original de mi testimonio, con la información que manejaba al momento de ser puesta en libertad.

La guardia de La Escuelita estaba compuesta en su mayor parte por personal militar. Funcionaban dos turnos de 12 guardias cada uno, que se rotaban en intervalos de dos meses. Había dos jefes de turno permanentes que controlaban día por medio el campo de concentración. Estos jefes, oficiales del ejército, estaban encargados de la tortura en los interrogatorios y también tomaban parte en los secuestros y traslados. Algunos guardias participaban en interrogatorios y en los operativos de secuestro, recibiendo dinero extra y parte del botín. Había dos interrogadores (personal de inteligencia del ejército) que «supervisaban» a los jefes de turno y que venían imprevistamente o cuando había nuevos secuestrados.

Los turnos de guardia se distribuían en tres grupos de cuatro. Cada grupo tenía un día de turno, un día de descanso y un día de retén. El grupo de retén iba a buscar la comida al Comando de Ejército y ayudaba a la guardia. El grupo de turno rotaba en los siguientes puestos: un guardia adentro de las piezas, uno en el pasillo, uno en la garita de afuera y el cuarto móvil. Tanto los guardias como los jefes vestían de

civil, esmerándose en usar calzado silencioso para que no los detectáramos. En el último período de mi estadía allí, un médico o enfermero se sumó al personal.

Los guardias utilizaban alias. Las descripciones físicas, aproximadas, puedo hacerlas gracias a lo que espíe bajo la venda, a las veces en que nos bañábamos y los guardias se cubrían sólo el rostro con una capucha negra y al intercambio de información con Zulma y otros presos. El encargado de nuestro traslado a la cárcel fue el oficial Núñez (alias Mono), quien se desempeñaba como encargado de los «detenidos especiales» (presos políticos) en la cárcel de Villa Floresta en Bahía Blanca.

Interrogadores: "Tío", "Pelado".

Jefes de turno:

"Chiche": alrededor de 22, 23 años. Alto, delgado (unos 70 kg, aprox. 1,80 m de estatura). Cabello lacio, ojos marrones, tez blanca, rasgos regulares, voz ligeramente nasal.

"Turco": entre 26 y 28 años, alto, más corpulento que "Chiche". Cabello ondeado, ojos oscuros, cejas anchas y juntas.

Primer turno de guardia: desde mediados de diciembre hasta mediados de febrero de 1977.

"Viejo": de baja estatura, muy delgado, de unos 40 años.

"Gato-Vaca": gordo, de mediana estatura, unos 35 años.

"Gordo-Polo": gordo, mide aproximadamente 1,70, unos

28 años. Decía ser de Neuquén.

Otros: "Flaco", "Vaca", "Indio", "Perro", cinco más cuyos alias no recuerdo.

Segundo turno de guardia: desde mediados de febrero hasta alrededor de 22 de abril de 1977.

"Abuelo": alrededor de 1,70 de estatura, corpulento pero no gordo, ojos oscuros, cabello oscuro con entradas. De unos 35 años, de la Provincia de Santa Fe.

Heriberto Labayén (alias "Zorzal" o "Vasco"): alrededor de 1,75m de estatura, 33 años, cabello oscuro, lacio, ojos marrones, bigote. Suboficial.

"Chamamé": alrededor de 1,80 m. de estatura, delgado, 30 años, cabello y ojos oscuros. De la provincia de Corrientes.

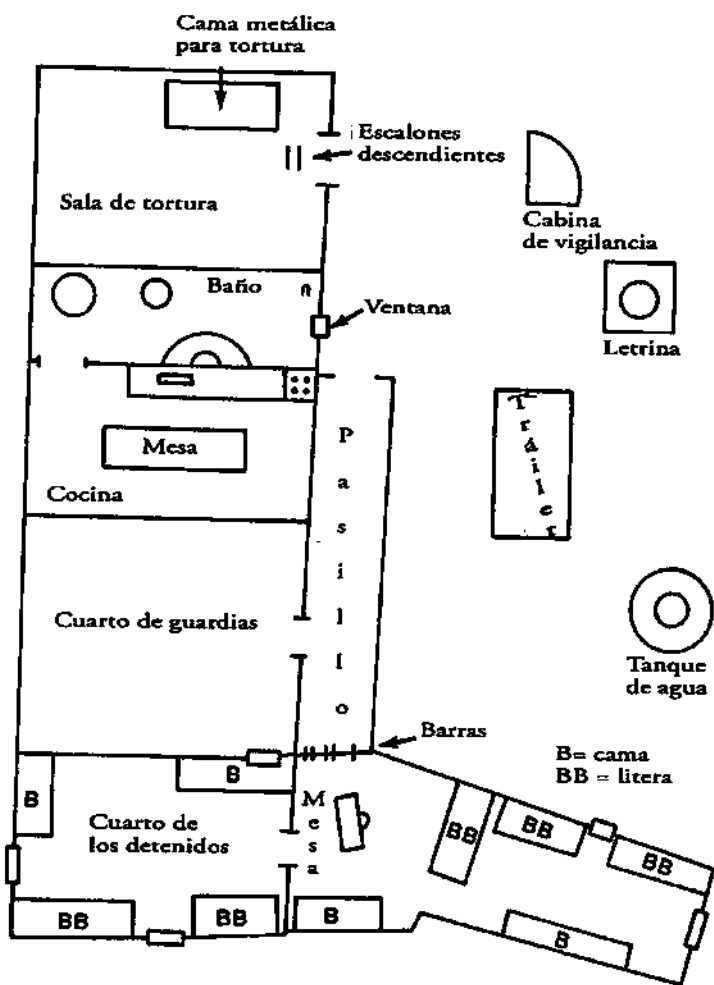
"Peine": alrededor de 1,75 m. De unos 38 años, cabello oscuro y con entradas, bigote ancho, ojos oscuros. Suboficial.

"Pato": alrededor de 1,70 m. Aproximadamente 40 años. Corpulento pero no gordo. Cabello y ojos oscuros, bigote renegrido, hablar ceceoso. Alcohólico. Suboficial.

"Loro": de unos 18 años, alrededor de 1,80 m, delgado.

"Bruja": de nombre Roberto. Aproximadamente de 1,70m, delgado, de unos 20 años. Era de la Provincia de Mendoza.

Otros: "Tino", "Perro" y tres más, cuyos alias no recuerdo.



Descripción de La Escuelita

La vieja casa donde funcionaba el campo de concentración estaba ubicada en los predios del Comando del V Cuerpo de Ejército, a unas quince cuadras de un hotel alojamiento llamado "Tú y Yo", sobre el "Camino de la Carrindanga". Estaba cerca de una vía de ferrocarril; se podía oír el paso de los trenes, los tiros de práctica del Comando y los mugidos de las vacas.

El centro de detención constaba de dos habitaciones donde se encontraban las camas cucheta en las que permanecíamos acostados los presos. El piso de las habitaciones era de madera, con huecos y roturas; las paredes eran amarillentas y las ventanas, altas y con rejas coloniales, tenían postigos verde oscuro. Entre las dos piezas había un hall con piso de baldosas, donde se instalaba un guardia a controlar que no nos moviéramos ni habláramos. También allí había una cama con un prisionero. Una reja clausuraba esa parte de la casa. Luego de un pasillo venía la habitación de los guardias, la cocina y el baño. Se atravesaba una puerta para salir al patio, donde estaba la sala de tortura, la letrina y un aljibe que utilizaban para la tortura. También había una casilla rodante donde dormían los guardias. Luego agregaron una o dos casillas más para los detenidos-desaparecidos. Poco antes de las elecciones de 1983, los militares destruyeron el edificio de La Escuelita. Por los cimientos fue posible comprobar que el plano del lugar era muy similar al de este testimonio.

Anexo 3

Testimonio y Juicio

Este testimonio era en un principio el que con mayor detalle describía el campo de concentración y la vida allí. Esto se debió al hecho de haber sido expulsada del país, lo que me permitió emitir declaraciones sin temer por mi seguridad personal.

Después del advenimiento de la democracia, este testimonio fue ampliado ante un juzgado de Bahía Blanca y, posteriormente, utilizado como evidencia en el juicio contra los miembros de la primera Junta Militar, Videla, Massera y Agosti, en octubre de 1986. El testimonio fue descalificado por el tribunal debido a la falta de testigos que declararan haberme visto en La Escuelita: la mayoría de los posibles testigos habían sido asesinados, el resto temía represalias militares.

El testimonio, nuevamente ampliado, se sumó a varios coincidentes que se presentaron durante el gobierno democrático. De esta manera, obró como prueba en el juicio a los responsables directos del campo de concentración.

A pesar de la existencia de infinidad de pruebas, los culpables se han beneficiado de las amnistías concedidas por iniciativa del presidente Alfonsín, con el respaldo o la neutralidad vergonzante del Congreso de la Nación durante su gobierno.

A principios de julio de 1988, luego de 15 meses de prisión preventiva, el general Catuzzi, ex comandante del V Cuerpo de Ejército, responsable principal de los crímenes cometidos en La Escuelita durante mi detención, fue

desprocesado y puesto en libertad. Según el tribunal, solamente obedecía órdenes en los momentos en que él a su vez ordenó y aseguró la ejecución de los siguientes crímenes:

- El secuestro del bebé Metz y la desaparición de sus padres.
- El asesinato de Zulma Izurieta y César Giordano.
- El asesinato de María Elena Romero y Gustavo Yoti.
- La desaparición de Nancy Cereijo, Stella María Ianarelli,

Carlos María Illaqua, Hugo Lovfall, María Angélica Ferrari y Elizabeth Freres.

- El secuestro y tortura de ellos y nosotros, los sobrevivientes.
- El saqueo de nuestras viviendas.
- El intento de robarnos la historia.

Anexo 4

Lista elaborada durante la dictadura

Se conserva en su forma original por fidelidad al documento presentado ante los organismos de Derechos Humanos. Se omiten algunos nombres por imposibilidad de comprobar, en aquel momento con los interesados que se encontraban en libertad en la Argentina, su deseo de aparecer en esta lista con sus nombres completos. Los posibles errores u omisiones se deben al desconocimiento de la testificante en el momento de presentar el informe.

Pasaron por La Escuelita:

Graciela Alicia Romero de Metz, 24 años, casada, 1 hija; embarazada. Detenida por el ejército:16/12/76. Actualmente desaparecida.

Raúl Eugenio Metz, 24 años, casado, 1 hija. Detenido por el ejército:16/12/76. Actualmente desaparecido.

Zulma Aracelli Izurieta (Vasca), 24 años, soltera. Detenida por el ejército, diciembre 1976. Aparece en el diario como muerta en enfrentamiento.

César Antonio Giordano (Braco), 18 años, soltero. Detenido por el ejército, diciembre de 1976. Aparece en el diario como muerto en enfrentamiento, 13/4/77.

María Elena Romero, 16 años, soltera. Detenida por el ejército el 6/2/77. Aparece en el diario como muerta en enfrentamiento.

Gustavo Marcelo Yori "Benja", 17 años, soltero. Detenido por ejército el 6/2/77. Aparece en el diario como muerto en enfrentamiento.

Nancy Cereijo, 18 años, soltera. Detenida por el ejército el 7/2/77. Actualmente desaparecida.

Stella María Iannarelli, 19 años, soltera. Detenida por el ejército el 7/2/77. Actualmente desaparecida.

Carlos María Illaqua, 19 años, soltero. Detenido por el ejército el 7/2/77. Actualmente desaparecido.

Hugo Daniel Lovfall, 18 años, soltero. Detenido por el ejército el 7/2/77. Actualmente desaparecido.

María Angélica Ferrari, 26 años, soltera. Detenida por el ejército en enero de 1977. Actualmente desaparecida.

Graciela Izurieta, 26 años, soltera. Detenida por el ejército en octubre de 1976. Actualmente desaparecida.

Elizabeth Freres, 24 años, soltera, embarazada. Detenida por el ejército en enero de 1977. Desaparecida.

Doce estudiantes secundarios, edad promedio 17 años. Detenidos por individuos encapuchados, armados, diciembre de 1976. Liberados un mes después.

Alberto Ricardo Garralda, aproximadamente 25 años. Detenido por el ejército en octubre de 1976. Aparece en los diarios como muerto en enfrentamiento.

María Eugenia González de Junquera, 22 años, casada, 2 hijos. Detenida por individuos de civil armados el 13/11/76. Actualmente desaparecida.

Néstor Junquera, 25 años, casado, 2 hijos. Detenido por individuos de civil armados el 13/11/76. Actualmente desaparecido.

Juan Carlos Castillo, detenido por la policía caminera. En los diarios figura como muerto en enfrentamiento en septiembre de 1976.

Juan Pablo Fornazari, detenido por la policía caminera, en los diarios figura como muerto en enfrentamiento en septiembre de 1976.

Manuel Tarchitzky, soltero. Detenido por el ejército en septiembre de 1976. En los diarios figura como muerto en enfrentamiento.

Zulma Matzkin, detenida por el ejército en octubre de 1976. En los diarios figura como muerta en enfrentamiento junto a Tarchitzky.

Horacio Russin, 25 años, casado. Detenido por el ejército el 12/10/76. Actualmente desaparecido.

José Luis Peralta. Detenido aproximadamente en octubre de 1976. En los diarios aparece como muerto en enfrentamiento.

Eduardo Madina Fresco "Patichoti". Detenido a principios de enero de 1977. Liberado después de pasar por la cárcel.

Rodolfo Maisonave, casado, una hija. Detenido por el ejército en octubre de 1977. Liberado después de años de cárcel.

Ana María Germani de Maisonave, 32 años, casada, una hija. Detenida por el ejército en octubre de 1977. Liberada después de años de cárcel.

Una joven de 21 años, soltera. Detenida en octubre de 1976. Liberada después de pasar por la cárcel.

Una pareja, casados, 2 hijos. Detenidos en octubre de 1976. Liberados después de pasar por la cárcel.

Otra pareja. Ella 28 años, 1 hija. Él 31 años, 5 hijos. Detenidos en octubre de 1976. Liberados después de pasar por la cárcel.

Un joven.

Dos hermanos 28 y 26 años. Detenidos hasta enero 1977. Liberados.

Carlos Samuel Sanbria, 23 años, casado. Detenido por el ejército el 12/1/77. Liberado después de pasar por la cárcel.

Alicia Mabel Partnoy, 21 años, casada, 1 hija. Detenida por el ejército 12/1/77. Liberada después de pasar por la cárcel.

Una mujer de unos 50 años, dos parejas, dos muchachos, un soldado, de los cuales no tengo más información.

Anexo 5

En diciembre de 1999, ante la iniciativa del fiscal Hugo Cañón, este texto fue incluido como evidencia en los juicios por la verdad que se llevaron a cabo en Bahía Blanca. En esa oportunidad, en el curso de mi declaración, el tribunal me autorizó a leer los relatos “Graciela: Alrededor de la mesa” y “Natividad”. Seleccioné esas lecturas por considerar que el único resquicio para la justicia en aquel entonces era la situación de los niños nacidos en cautiverio.

Hoy, a veinte años de su publicación en inglés y a veintitrés años de que múltiples fotocopias del manuscrito en castellano invadieran, por iniciativa de los familiares de las víctimas, el escritorio del juez bahiense que entendía en la causa, estas páginas rompen con los últimos restos de su exilio para llegar a tus manos.

A mi tío José Partnoy, con quien compartimos el conocimiento de las aulas del terror, agradezco su confianza en el valor de este texto.

Mi gratitud a Marta Bermúdez por los contactos editoriales y a todos los que sacrificaron su seguridad y tranquilidad para que hoy, finalmente, podamos hablar de los compañeros: sin miedo, sin vergüenzas, con el orgullo y la admiración que nos despierta su entrega.

Índice

Introducción / Pág. 7

I / Pág. 17

Había una vez una escuelita... / Pág. 19

Chancleras con una sola flor / Pág. 21

Letrina / Pág. 25

II / Pág. 29

Cumpleaños / Pág. 331

III / Pág. 33

Nombre / Pág. 35

La primera noche del "Benja" / Pág. 37

Telepatía / Pág. 42

Graciela: Alrededor de la mesa / Pág. 45

IV / Pág. 49

Nariz / Pág. 51

Religión / Pág. 53

Conversación bajo la lluvia / Pág. 56

V / Pág. 63

Rompecabezas / Pág. 65

Cepillo de dientes / Pág. 68

La cajita de fósforos / Pág. 74

VI / Pág. 79
El sapito Glo-glo-glo / Pág. 81
Fórmula de tratamiento / Pág. 83

VII / Pág. 87
Poesía / Pág. 89

VIII / Pág. 93
La campera de jean / Pág. 95
Sesión de belleza / Pág. 99
Natividad / Pág. 103
Anexo 1 / Pág. 105
Anexo 2 / Pág. 111
Anexo 3 / Pág. 116
Anexo 4 / Pág. 118
Anexo 5 / Pág. 123